

La vida al otro lado

Ricardo Granda Vásquez

Image not found.

Capítulo 1

Las diatribas del idioma

Llegó tarde a su cita por culpa del idioma. Se confundió al preguntar por la calle de Rodrigo Hugajón, porque la "erre" le producía urticaria y por más que rechinara en extremo los dientes, siempre le salía una "ele". Después de dos meses en España, había aprendido solo lo básico del español, que se le escapaba a forma de verbos sin conjugación cuando intentaba pronunciar una frase.

El destello del nuevo país, con ilusiones adornando su mente oriental e inmigrante, se estaba apagando por los kilos de vida diaria que tenía que cargar a sus espaldas. Las clases en la universidad eran en la mayoría de casos, un enigma, y los trabajos a medio tiempo se le negaban no solo por el idioma, sino por su condición: una estudiante con un documento que no le permitía trabajar.

Cuando pisó Barajas, la sensación había sido distinta. Pensaba que no tendría problemas para la vida cotidiana — alquilar un piso, comprar en el supermercado, pasear por los jardines del Retiro sin miedo a la soledad —, pero la corazonada no fue una buena consejera, al asumir que su inglés melódico le abriría las puertas entre los nativos de Madrid.

Se había equivocado. Vivir en España se estaba convirtiendo para ella en un esfuerzo agotador, pero la firme convicción de terminar sus estudios eran el combustible que alimentaba su voluntad a diario.

— ¿Dónde está dirección? — pensó. — Trabajo pronto. No problema. Seguro ahora sí yo encontrar —

Usera le parecía un barrio familiar, un pequeño rincón hutong, uno de los barrios clásicos y pobres de Pekín, cerca del corazón de Madrid. Después de caminar por diez minutos más, encontró la dirección en una callejuela escondida. Un dragón rojo, situado imponente sobre un Pailou*, le dio la bienvenida.

— Aquí. Seguro trabajo aquí. —

Al entrar, la típica decoración de un restaurante oriental se abrió ante sus ojos. Una de las camareras, una china de baja estatura, se acercó a ella.

— Nin, hao. ¿Duibuchi, ni yao shenma? —

— Nin hao, nin hao. Qing wen, Kong XiangSheng Zai ma ? —

— Ta Zai. Qing, deng yixia. Yao Kafei ma? —

— Hao. Feichang xie xie. —**

Lanzó un suspiro inevitable de felicidad: hacía días que no hablaba en su propio idioma, en Español casi nadie le entendía, y el inglés solo le servía para las horas universitarias. Además, los gatitos chinos la saludaban desde la repisa detrás de la barra, los trabajadores continuaban su rutina si hacerle mucho caso, y ella se había librado de una presión inconsciente.

— Aquí no necesito esforzarme para conversar — pensó.

Contempló el ambiente y se dejó llevar por el sonido del guzheng que sonaba de fondo. Estaba a punto de darle el primer sorbo a su café cuando un hombre grueso hizo su aparición por la escalera que venía del segundo piso, al frente suyo. Caminaba con las manos extendidas, a ambos lados de su prominente masa abdominal. Se acercó a ella, y dándole la mano, la saludó amablemente.

— Nin Hao. Ni shi zheng, dui bu dui? —***

Le sorprendió que de ese rostro blanco, esos ojos grandes y los labios castizos, saliera un mandarín intenso, con un leve acento ibérico, aunque completamente entendible. Ya había hablado con él en chino, pero el hilo telefónico no le permitió distinguir sus raíces españolas. Sorprendida, le preguntó en mandarín.

— ¿Dónde aprendió a hablar mi idioma? —

— Viví en China durante 5 años. Por eso también tengo este negocio, y muchos más relacionados con el mercado asiático. —

Pasaron a su oficina, en el segundo piso. Se sintió conmovida y tranquila: el ver que un extranjero pudiera hablar su idioma, y mejor aún, que lo hiciera tan bien, le inyectaba un aire sublime a su ego. Una seguridad espontánea se apoderó de ella. Sentía que el problema del trabajo se iba a solucionar después de una breve conversación y se veía a sí misma como la nueva administradora de aquél lugar. Después de todo, la capacidad que tenía era irrefutable — sus estudios y currículum eran prueba fehaciente de ello — , y el fantasma del documento la había dejado en paz hace varios minutos atrás. Sin embargo, una pequeña corazonada la hizo reflexionar.

— Incluso, si trabajo como camarera, estará bien. Necesito el dinero. —

Una vez en el despacho, ambos tomaron asiento. Hablaron un poco de sus intenciones aquí en España, y ella se mostró muy curiosa por esos años

que él había vivido en China. Después de un diálogo breve e intrascendente, él le pidió su currículum vitae.

— A ver, niña. Quiero ver tu experiencia. —

Se lo entregó con un poco de ansiedad en las manos. Un pequeño temblor le recorrió la mejilla..

— Bueno, a ver. Cuéntame tu experiencia profesional. —

Mientras ella le daba detalles sobre su perfil, él miraba las hojas de papel con indiferencia. Después de unos cuantos minutos, le lanzó una mirada de desafío, como dudando de su capacidad a pesar del documento que tenía entre manos.

— Y, a ver, ¿En Español? —

La pregunta le causó un recorrido gélido y punzante que comenzó en la sien, pasó por las cervicales, contagiando todas la vértebras y enfriándole el espinazo. Pensó que no iba a tener ese derrotero tan particular en la entrevista. Al menos, no en esta, con un extranjero tan amable e interesado por su cultura. Intentó hilvanar frases técnicas, pero la "erre" le podía y su discurso se convertía en un mareo de "eles" interminables. Incapaz, incluso, de llevar una conversación sencilla, se disculpó ante él, que la miraba de reojo, con un desgano natural mientras seguía ojeando las dos hojas de su currículum. Los nervios empezaban a dominarla y cambio al mandarín de manera súbita.

— Estoy en clases. Voy todos los días ¡Aprendo rápido! Solo me falta un poco de práctica —

El dueño del lugar no le hizo caso a sus excusas y siguió con su actitud vacua, indiferente. Ella se quedó en silencio: se forzaba a pensar en español, pero el chino se le imponía a modo de conciencia.

— Wo xuyao gongzuo. Meiguanxi wo zenme zhaodao gongzuo. Wo hui zhaodao ta****—

Después de un breve silencio, una nueva pregunta salió al ambiente.

— Sí, tú currículum está bien. Pero, ¿Tienes documento de trabajo? —

No se lo esperaba. Sintió nuevamente ese frío recorrido por toda la espalda. Agachó la cabeza y se quedó pensando. En las tres entrevistas previas, ese bendito papel enmicado había significado un antes y un después. Era el 'pequeño detalle', como ya le habían dicho anteriormente,

que siempre la dejaba a un lado del proceso..

— Tengo documento de estudiante. Con él puedo trabajar a medio tiempo y tener un contrato. —

— Sí, pero a mí me implica un trámite demasiado complejo. Tengo que presentar tus papeles en extranjería, el trámite demora dos meses y yo necesito a alguien ahora. —

La firmeza de aquella frase removi6 más sus cimientos. Aunque intentaban pasar desapercibidos, sus nervios se hacían latentes en su voz, sus manos y sus ojos rasgados, distraídos. Miró hacia su derecha, intentando buscar algo con que distraerse, mientras pensaba en una respuesta, un intento para conseguir trabajo. — Wo xuyao gongzuo! Wo xuyao gongzuo! — le repetía su conciencia china, severa y estricta.

— Tu currículum es interesante. Quizás, el puesto de administrativa te vendría bien. Pero no quiero arriesgarme. En el despacho necesito a alguien con documentación. —

Él ya se había dado cuenta de su necesidad. Lo había percibido en sus ojos temblorosos, rasgados, en su desmedido intento por pronunciar una "erre" que no fuera gutural. Pero estaba esperando una señal, una mueca sencilla que diera fe de que ella tiraría al tacho su orgullo y aceptaría cualquier propuesta sobre la mesa.

— Bueno, si no puedo trabajar como administradora, puedo hacer otras labores. Por ahora, soy estudiante, y mientras dure el curso no estaría mal. ¿Existe alguna otra oportunidad aquí ? —

La frase relajó el ambiente y el sonrió para sus adentros: era lo que estaba esperando. La miró de arriba a abajo, intentando descifrarla, y le preguntó si había trabajado anteriormente atendiendo al público.

— Sí, en China. Durante mis años en la universidad trabajé como camarera y recepcionista. Podría desempeñarme perfectamente en un puesto similar. —

— Sí, necesito a alguien. Aquí casi no vienen españoles, así que no tendrás problema. Pero, a ver, muéstrame, ¿Cómo atiendes al público? —

— ¿Ahora? ¿Quiere que haga una prueba ahora ? —

— Sí. No estaría mal. —

Tenía las clases por la tarde, así que no le molestaría quedarse una hora para trabajar un momento en el lugar. Además, si era para conseguir el

puesto, el esfuerzo valía la pena.

— Wo xuyao gongzuo — pensó.

— Puedes comenzar —

— ¿Aquí, no sería bueno abajo, en el lugar? —

— No. Piensa que yo soy un cliente. ¿Cómo me recibirías? —

Le pareció raro, pero nuevamente ese pensamiento se le atravesó. — Wo xuyao gongzuo — . Se puso de pie, se paró delante de él e intentó vencer los nervios y desenvolverse .

— Buenos días, bienvenido. ¿Qué desea comer el señor?—

— Eres muy fría. No pareces china, todas ustedes son sonrientes, alegres.—

Sonrió levemente a pesar de los nervios. Él sacó una pequeña carta de menú que tenía en el cajón del escritorio y se la dio.

— A ver, acércate y explícame este menú que tengo entre manos —

— Wo xuyao gongzuo —

Ella se acercó y empezó a describir cada uno de los platos, mostrando su mejor sonrisa e intentando esconder la ansiedad que le comenzaba a atacar las manos.

— No. No tienes carisma. No te veo con intención. —

— ¿shenme? ¿ni xiang wo zuo shenme? *****— pensó ella. Una leve cólera le hizo fruncir el ceño.

— Acércate, te digo un secreto — le dijo él.

Con cierta desconfianza, ella se acercó.

— Si me tratas bien, puedes ganar mucho dinero. Hay mucho porvenir para una chica como tú, con ese rostro, con esas piernas espigadas y hermosas. Solo tienes que tratar bien al público. — le dijo, en un español suave y ligero.

Le entendió a medias, y cuando lo miró de frente a los ojos, con extrañeza, pudo descifrarlo: esa mirada de desidia, la mano en el bolsillo del pantalón, la sonrisa a medias, lanzando señales que no se atrevía a

decir.

Se apartó rápidamente de él, y en el tiempo que cogía sus cosas, él sacó del cajón del escritorio la mejor forma de disuadirla.

— Si me tratas bien, con cariño, con esos labios pequeños, todo esto puede ser tuyo — le dijo, ahora sí, en un perfecto mandarín.

Ella se sorprendió por la cantidad de dinero que podía caber en una maleta.

—i Wo xuyao gongzuo. Wo xuyao qian ! iWo xuyao qian ! *****— Le repetía esa voz interna.

Terminó de coger sus cosas, se dio tiempo para coger las hojas de su currículum y le dio una última mirada a la tentación que tenía delante.

—i Wo xuyao qian! iWo xuyao qian ! —

Lo miró con desdén y lo insultó.

— iNi hen shapi!***** — Dijo, mientras salía rápidamente del lugar. La falta de trabajo se le había ido de la mente. Salió disparada del lugar. Un temor había comenzado a corroerla: se le había pasado la cabeza quedarse un momento más.

*Paifang, también llamado pailou, es un estilo de puerta de la arquitectura tradicional china, parecido a un arco.

**Transliteración fonética del chino. El diálogo es el siguiente:

—Buenos días. ¿Qué se le ofrece? —

— Buenas, hola. ¿Estará el Señor Kong? —

— Sí, espere un momento, por favor. ¿Le gustaría un café? —

— Vale. Muchísimas gracias. —

***Hola, ¿tú eres zhen, no es así?

****Transliteración fonética del chino:

—Wo xuyao gongzuo : iNecesito encontrar trabajo!

—Meiguanxi shenme gongzuo : iNo importa el tipo de trabajo!

—Wo hui zhaodao gongzuo : ¡Necesito conseguirlo y lo haré!

***** ¿Cómo? ¿Qué es lo que quiere que haga?

*****¡Necesito trabajo!¡Necesito dinero!¡Necesito el dinero!

***** ¡Menudo imbécil!

Capítulo 2

El africano del Mercadona

La espalda le crujió repentinamente. Daniel salía del supermercado cuando sintió el pinchazo fuerte en la zona lumbar, un dolor que le paralizó todo el espinazo y lo hizo soltar las bolsas de la compra, retorcerse de dolor y doblarse allí, en medio de la acera. Se apoyó con las manos sobre el piso por el dolor y exclamó.

— ¡Mierda! ¿Por qué tenía que cogirme aquí? —

Estaba esperando aquél garrotazo. Hacía mes y medio que guardar cama se había convertido en un estilo de vida impuesto a la fuerza, por culpa de una hernia que le mordía la ciática cuando estaba en pie más de cinco minutos. Pero había que hacer la compra. Había que ver el exterior aunque sea por unos minutos. Había que escapar de ese encierro de diez metros cuadrados que era su cuarto.

— ¡Ahora! ¿Qué hago? —

Nadie se acercó a ayudarlo. Tres personas mayores lo rodearon, pero ninguno podía darle una mano: con las justas y podían con sus propios cuerpos. Daniel levantó la mirada, los compadeció y les mintió.

— Ya me pasará. Tranquilos. Es solo un pinchazo. —

De pronto, escuchó un español con una melodía extraña detrás suyo.

— ¡Amigo! ¿Qué pasó amigo? ¿Estar bien amigo? —

Volteó el cuello todo lo que le permitió el espinazo encogido y vio al negro a quien, minutos antes, le había dado una pequeña propina al salir por el supermercado: veinte céntimos que no le iban a servir para comprar el matutino en el quiosco de periódicos: un atado de malas noticias envuelto en dos euros de papel.

— Si le doy la moneda de a euro, tendré que gastar el billete de cinco que tengo en el bolsillo. Con veinte céntimos se quedará contento — había pensado minutos antes.

El africano lo quiso levantar de golpe, pero Daniel lo detuvo con una mirada que se debatía entre dos expresiones: la del dolor o la orden. Se agachó a su altura y le dijo.

— Tranquilo, amigo. Tranquilo. Yo qué hacer. Dime —

— Dame unos segundos y luego me ayudas a ponerme de pie ¿Cuál es tu nombre? —

— Enam, amigo. Enam —

Enam apoyó una mano sobre la espalda encorvada de Daniel, como intentando esperarlo, y con la otra comenzó a recoger las bolsas y llevarlas hacia sí. Después de un par de minutos, Daniel le pidió que lo ayudara a ponerse de pie.

— Despacio, muy despacio —

— Claro, amigo. Claro. Todo lento. Tú tranquilo —

Lo levantó mediante un abrazo y, apenas se puso de pie, Daniel sintió un nuevo mordisco, aunque más leve, pero que igual intentó mitigarlo. Las rodillas casi lo vencen, pero se inventó un poco de fuerzas para ponerse nuevamente de pie.

— Gracias, Enam. Ese era tu nombre, ¿No es así? —

— Sí, amigo. Enam. Mi nombre —

Daniel intentó caminar, pero cada paso era una mordida rancia directa en la zona lumbar. Enam lo abrazó con la mano derecha y cogió las bolsas de la compra con la izquierda.

— Tranquilo, amigo, tranquilo. Yo ayudar. Dime donde vivir y vamos —

Daniel sintió un poco de temor: la voz del prejuicio lo nubló por un momento.

— Quizás quiere ver donde vive. Quiere intentar robarte. Uno nunca sabe de dónde vienen ni dónde han crecido estos tipos —

Pero a duras penas podía ponerse de pie. Además, había comenzado a sentir el cosquilleo habitual en el pie derecho, el paso previo al adormecimiento de toda la pierna. Y el mordisco en la zona lumbar se había convertido en una suerte de calor - dolor que le recorría toda la espalda.

— No vivo lejos. Vivo aquí, a la espalda —

— Vamos, amigo, vamos. Yo contigo ayudar —

Andaron unos pasos mientras Daniel no sabía cómo controlar sus pensamientos. El olor de Enam era penetrante, fuerte, y eso lo incomodaba. Pero no era en sí el olor, sino la voz del prejuicio la que realmente lo atarantaba.

— ¡Carajo! ¡Ten cuidado! ¡En este momento no hay nadie en casa! ¡Y no estás como para defenderte ! —

— No lo dejaré entrar. En la puerta del edificio, le digo que regrese. —

— ¿De dónde eres, amigo ? —

Daniel alzó la mirada, extrañado por la pregunta. Enam seguía con la vista al frente, alerta, como intentando evitar cualquier obstáculo que les impidiera seguir avanzando.

— Soy de Perú. De Latinoamérica. Me llamo Daniel —

— ¿Perú? ¿Dónde está Perú? —

— En América Latina —

— ¿América? ¿Estados Unidos?

— No. En sudamérica —

— ¡Ah! Ecuador también, ¿No? —

— Sí, digamos, que soy de por ahí —

Caminaron por la calle principal de Getafe, ante la mirada de los curiosos que volteaban al verlos pasar: un inmigrante ayudando a otro a desplazarse a duras penas no era una escena común. Daniel sentía en cada pequeño avance el peso del prejuicio social. Lo veía en aquellos ojos que se miraban entre sí, como si entre ellos se preguntaran, al verlos, que se traían ambos entre manos. O que fechoría habrían cometido. Enam, por el contrario, tenía las ideas más claras, el porte más despejado: caminaba erguido, llevando a Daniel sin importarle los vistazos ajenos que los seguían, extrañados, adversos.

— Ya falta poco. Doblando en la esquina a diez metros. —

— Tranquilo amigo. Tranquilo . —

Daniel se sentía más incómodo cada vez que se acercaban a su edificio, no solo por el adormecimiento inminente y la pérdida de fuerza en su pierna derecha, sino por el temor medular que le producía el hecho de pensar que Enam tendría que acompañarlo hasta su piso: no sabía quién

era aquél hombre, y en su país natal, los negros eran sinónimo de mal agüero. De delincuencia, mal vivir, corrupción. Abyectos sociales. Sin embargo, uno de ellos era el único que le había extendido la mano que ahora necesitaba.

— Ya llegamos. Aquí es. —

Se detuvieron frente a un portal de puertas de vidrio, enrejadas. Daniel sacó del bolsillo las llaves, e intentó dar un paso hacia adelante para alcanzar la cerradura de la puerta. El dolor lumbar lo venció.

— Tranquilo amigo. Tranquilo. —

Enam dejó las bolsas de la compra en el piso, cogió la llave y abrió la puerta con tranquilidad. Ambos entraron, y antes de llegar al ascensor, Daniel le dijo.

— No es necesario que subas conmigo. Ya me has hecho un gran favor subiendo hasta aquí. Debes tener cosas qué hacer. —

— No, amigo. Seguir pidiendo dinero, nada más. Te puedo ayudar. —

— No es necesario. En serio. —

Daniel sabía que mentía. Aún así, sacó un billete de diez euros del bolsillo derecho de su pantalón y se los dió.

— Gracias. Por toda la ayuda. —

— No preocuparte amigo. Gracias a ti. — Dijo Enam, con un brillo intempestivo al ver el billete en sus manos. Una cantidad que no era capaz de juntar en menos de un día en la puerta del supermercado.

Ante la negativa de Daniel para acompañarlo hasta su piso, Enam se dirigió por el pasillo hasta la puerta. — Cuídate, amigo. — le dijo, a modo de despedida. Daniel esperó el ascensor, apoyado sobre la pared, y cuando intentó abrirlo, sintió un nuevo mordisco en la zona lumbar. El dolor fue tan intenso que lanzó un carajo descomunal en el interior del edificio. Enam, que no había salido todavía del mismo, acudió nuevamente.

— Amigo, te ayudo, amigo. No puedes subir así. —

Daniel no tuvo más remedio, pero tuvo que soportar la voz del prejuicio taladrarle en la conciencia.

— Te van a joder compare. Conste que tú te lo estás buscando. Te van a joder, hermano. Los negros son unos conchesumadres. Se las saben

todas. —

El timbre del ascensor sonaba en cada piso. Ambos estaban en silencio. Daniel no podía contener los dos dolores: el de la zona lumbar y el de la sien. Ahora, ¿Cómo haría para deshacerse del negro sin que este entrara en su piso? Después del último hincón, ya prácticamente no estaban ayudándolo a caminar, sino que estaba dejándose arrastrar hasta su departamento. El timbre del ascensor anunció la llegada al cuarto piso.

— Es aquí. — dijo en voz baja.

Salieron del ascensor. Cuando llegaron a su puerta, Daniel no quiso sacar las llaves antes que Enam se haya ido.

— Ahora sí. Gracias. Ya yo me ocupo de entrar. Muchas gracias. —

— Pero no puedes ni caminar, amigo. —

— ¡No! ¡Gracias! ¡Ya puedo solo! ¡Anda! ¡Antes de que llamen al ascensor! ¡Vete! —

Enam lo miró extrañado: estaban allí, frente a la puerta, y Daniel no podía casi moverse, con las bolsas de la compra en el piso. Su rostro era un mar de amargura: no solo por el dolor, sino por la fuerza del imperativo que le había dicho a Enam.

— ¡Vete! —

El africano le soltó una pequeña frase.

— Amigo. Yo no soy malo amigo. Yo no robar. Déjame ayudarte hasta dejar cosas. Luego irme. —

Al verse delatado, Daniel se puso rojo. La vergüenza que sintió se comparaba con el dolor lumbar: se sentía completamente compungido por haber dejado que el prejuicio, ese mal endémico que tenía en sus genes limeños, se haya puesto tan en evidencia a través de su rostro, de su persona. Miró al negro a los ojos y vio a un chico de unos veinte y poco de años, golpeado por la realidad adversa y conservando, a pesar de todo, una nobleza inmune. Esa mirada, lo único que mostraba, era honradez. Le dio las llaves a Enam, este cogió las bolsas del piso, abrió la puerta y ambos entraron al departamento.

Avanzaron a duras penas por el pasadizo hasta la cocina. Allí, Enam dejó la compra y acompañó a Daniel hasta el salón. Lo dejó echado en el salón. Le dio la mano y le dijo.

— Cuídate, amigo. Ahora sí, irme. Yo no soy malo. No robar. —

Daniel sacó cinco euros más de su bolsillo. Se los extendió.

— No necesario, amigo, pero gracias. Diez euros, yo comer. Bocata. Suficiente por hoy. —

Enam se dirigió hacia el pasillo, sin siquiera mirar a los costados, y Daniel solo escuchó el cerrar fuerte de la puerta cuando salió.

— ¡Qué prejuicio de mierda tenemos, carajo! — se dijo para sí mismo.

Se tomó una analgésico potente para el dolor y se quedó dormido.

Habían pasado tres meses después de la operación. La espalda todavía le daba problemas, rezagos perennes que tendría a raíz de la hernia. Pero ya podía caminar nuevamente, y aunque el deporte le era todavía lesivo, hacía largas caminatas después de llegar del trabajo. Una de esas primeras noches, al llegar a la calle principal la calle principal, se dirigió al supermercado. Allí estaba Enam, aunque ya no en la puerta. Ahora estaba en la acera, unos metros más allá: tenía tendido una sábana en el piso, sobre la cual exponía zapatillas y deportivas de marcas importantes. Imitaciones.

— ¡Amigo! ¿Qué tal amigo? ¿Ya mejor amigo? —

— Hola. Sí, ya mejor. ¿Y esto? — Le preguntó, señalando la mercadería.

— Ahora, vender. Ya no pedir. Mejorar negocio. — Contestó Enam. ¿Espalda bien? —

— Sí, mejor. Ya puedo caminar tranquilo. —

No había terminado de decir la frase cuando un coche de policía apareció por la esquina y estacionó lentamente. Un marroquí dio la alerta.

— ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Todos! ¡Policía! —

Enam no tuvo tiempo ni para despedirse. Levantó la sábana, que estaba preparada con cuerdas para una ocasión así, se la puso en la espalda, y comenzó a correr.

Capítulo 3

Más allá del mar

El niño del polo rojo salió corriendo a recibir al padre que, hasta ese momento, estaba ausente. Salía por la orilla, completamente aturdido por culpa del oleaje indómito, y con un resfrío que parecía la consecuencia de una lluvia de enero. Pero estaban en septiembre.

Agitado, conmovido, la sonrisa se le dibujó lentamente cuando vio a su niño, corriendo hacia él con los brazos dispuestos, con un calor vital a pesar de su corta trayectoria, para apaciguar el frío semblante que le había dejado tantas horas mar adentro.

El abrazo saldó una deuda de años. Se habían dejado de ver por más de una década, después de un intento de viaje hacia Europa que terminó en las costas de Turquía. Allí estaban, como aquella vez que se separaron, también por los maltratos de un mar embrutecido y una humanidad ajena, ausente y omisa.

Después de las primeras lágrimas, y cegado por la emoción del encuentro, el padre cayó en la cuenta de que el niño no había crecido. Estaba igual que la última vez que lo vio: no en aquella separación, sino días antes, con su sonrisa de infante gallito, vivaz, corriendo junto a su hermano. Su mente se había negado a aceptar el dolor de la ruptura filial, y se había obsesionado con el recuerdo vivo como un motor de sentimientos para seguir adelante a pesar de la penas.

— Te estuve esperando mucho tiempo, papá. —

— ¡Hijo! ¡Ya puedes hablar bien! ¡Oh, Alá es grande! ¡Alá es misericordioso! ¡He extrañado esa sonrisa cada minuto, cada segundo, durante estos 15 años! Mi niño, no ha crecido. ¿Qué te ha pasado aquí?

—

— En este lugar la vida es distinta, papá. Cuando uno llega de niño, es niño para siempre. Los adultos, tampoco envejecen, y los ancianos son jóvenes por dentro. Cada quien es feliz como más le gusta. Como más lo disfruta. —

— ¿Dónde estamos, hijo mío? —

— Acabas de cruzar a la otra orilla, papá. A ese otro lado que yo crucé hace quince años, cuando no éramos de ningún lado, cuando no pertenecíamos a ninguna parte. En tu viaje hacia aquí, has pasado por tu peor pesadilla de nuevo, has nadado ese mar que intentamos cruzar juntos, pero que a mí me abrió la puerta a esta nueva vida. A esta dicha

de lugar —

El padre lloró. El hijo del polo rojo consoló al padre. Ambos miraron las olas atrás suyo, pero voltearon rápidamente la mirada hacia la luz.

— Mamá y mi hermano nos esperan, papá —

La luz los envolvió, y se desvanecieron conforme se hacía más intensa.

Capítulo 4

Alegorías desde Roma

Hace dos años visité Roma por segunda vez. No volvía a la capital histórica desde hacía siete años, y ésta conservaba su magistral porte y su costumbre arcaica de invadirte de cultura por donde pises. Ese altivez magnánima me dejó impresionado cuando Termini me abrió las puertas de la ciudad. Pero nada se compara a la sensación que tuve cuando la vi a ella otra vez.

Allí estaba, con esa mirada de niña que no había cambiado en casi una década, pero que en ese momento, a sus 28 años, mostraba seguridad y madurez. Me recibió cuando fui a visitar la sede de la FAO, ese otro anhelo que se quedó en mi baúl de los sueños frustrados, y al verla, esa historia particular que tuvimos me envolvió de nuevo. Fue cruzarme con sus azules tiernos para que ese desprevenido que tengo en el pecho se pusiera a saltar de alegría, dibujara una sonrisa en mi rostro y me pusiera a su merced.

Me recibió en la puerta de la FAO. Estaba con los mismos lentes de colegiala pícara con los que la conocí. Me hizo pasar para poder visitar a amigos y conocidos, y quedamos en vernos a la hora del almuerzo. “Está bien”, le mentí, porque en realidad quería quedarme con ella. Pero el hecho de verla allí, en el lugar donde nos conocimos, reactivó toda la magia.

Después de dejarla en su oficina, con la promesa de buscarla al mediodía, ese bobo atarantado que tengo dentro comenzó a hacer de las suyas. Fue verla cerrar la puerta, darme media vuelta, y verla allí, enfrente mío: su imagen reciente se había quedado conmigo para acompañarme y ayudar a mi memoria a recorrer los pasillos y salones del lugar en donde nos conocimos. Y en los que, a pesar de haber estado solamente tres meses, fui muy feliz.

— ¿Nos vamos? — me dijo.

Y yo accedí.

En aquél momento, el engranaje de mis mejores recuerdos comenzó a funcionar. Bajamos al patio grande que une a los dos edificios internos. Sentí una sensación extraña, esa que te produce un pestañeo inconsciente que le da paso a un recuerdo. Fue entonces cuando me susurró al oído y me dijo.

— Mira. Allí estoy. —

No mentía. Estaba frente a nosotros, con esa sonrisa que lindaba entre la timidez y la picardía, la chaqueta de cachemir rojo en conjunto con la falda de azul de entalle justo, pronunciando un "hola" espontáneo y avanzando con prisas a hacia la puerta que conducía al edificio frontal.

— Y allí estás tú —

Volteé y me ví a mí mismo, con aquel traje gris que me acompañó durante toda la aventura romana, unos zapatos negros lustrados con el mejor de los entusiasmos y una corbata roja. Mi yo de seis años atrás, que al verla pasar y saludarlo, dejó en ascuas a su entrevistado de turno para ir tras ella, porque a pesar de que los nervios lo carcomían, no quería perder la oportunidad de conocerla.

Vimos entonces cómo fue nuestro primer contacto. Dos miradas entrecruzadas, una conversación de palabras exactas y la promesa de una cita sellada con la frase "te llamo pronto".

— Estuve en Perú. Me encanta. Y todo lo que es de allá — Le dijo su yo antiguo a mi yo de hace seis años.

Miré con ojos pícaros a su imagen reciente, que estaba a mi costado, pero esta adivinó mis intenciones y me frenó de un sablazo.

— Eso lo dije hace seis años. — sonrió.

Y sonreímos juntos.

Cuando subimos a ver la oficina que ocupé durante tres meses, la reconocimos en mi recuerdo vivo. Estaba frente a la sala de convenciones, repartiendo los dípticos para una conferencia cualquiera, con la única vestimenta que le recuerdo. Me paré a su costado, y vimos cómo le dijo a una amiga suya que se fuera a espiar a mi puerta, para saber si yo estaba allí. Al pillarla infraganti, la miré con una sonrisa cómplice. Se puso roja por aquél recuerdo.

— ¡Te lo conté en su momento! ¡Les pedía que se asomaran para saber si estabas! — dijo, mordiéndose la lengua.

Le hice una mueca graciosa y juntos seguimos recorriendo mi propia remembranza.

Al regresar a su oficina para ir a almorzar juntos, nuevamente el bobo atarantado dejó escapar otro de nuestros momentos. En mi recuerdo, ella entraba al ascensor, y sacaba el brazo para evitar que este cerrara sus puertas. Entonces, me ví a mí mismo, mi yo de hace seis años, acelerando

el paso para poder entrar. Su imagen reciente y yo nos apuramos para ser testigos de ese instante antiguo, y al entrar en el ascensor, nos teníamos en frente: él la besó dos veces, y simplemente se dejaron llevar. Al ver a nuestras ficciones disfrutarse mutuamente, nos reímos cogiéndonos de la mano por aquella travesura infantil. De pronto, el elevador se abrió y todos nos llevamos un susto: su jefe de aquellos años asomó la cabeza y nos miró con ojos rancios, mientras le hacía a ella, a su versión antigua, un gesto con ínfulas de orden. Su yo del pasado salió con prisas, asustada por el momento, y mi yo de hacía seis años la siguió con disimulo. En la esquina del corredor, ambas apariciones se despidieron con un beso a medias, y las vimos por última vez.

Caminamos hacia su oficina, y al llegar, su imagen reciente me dio un abrazo fuerte y se despidió. - Nos vemos ahora. - me dijo, para desvanecerse instantáneamente frente a mí. Abrí la puerta y la vi sentada, apurándose para ir a comer juntos. Al verme sonreír sin motivo, me preguntó.

— Dame un minuto, pero ¿Por qué te ríes? —

No supe que contestar. Solo atiné a seguir riendo y mentir nuevamente.

— De nada. ¿Nos vamos? —

Tuvimos un reencuentro grato, un almuerzo y un café bien conversados. No quise decir palabra alguna sobre los juegos de mi imaginación, esos que me permiten escribir ficciones de la vida real. Cuando la dejé, no pude recordar su despedida de hacía seis años, porque nos dijimos hasta luego en un lugar distinto. Pero, al momento de salir del edificio, quedé impregnado por ese "nos vemos" de minutos antes y esa mirada que provocó toda esa triquiñuela mental. Y me dirigí a tomar el metro sintiendo como su rostro, el lugar y todo aquello se convertían en un pasado reciente que, seguro, en algún momento, darán lugar a alguna nueva evocación.

Capítulo 5

Distancias

Se alejó rápidamente, pensando en cómo había caído en esa relación vacía, en el mordisco que sentía cada vez que él, todas las tardes, la despedía con un abrazo posesivo, apretándole los brazos, como un grillete que se cerraba fuertemente sobre su espalda. Cruzó la acera, con la mirada hacia el piso, intentando una huída que no se atrevía a realizar.

Se habían conocido hacía 15 años. A pesar de su pelo cenizo, ella se dejó impresionar por la solapa en el pecho, el traje blanco impoluto, la personalidad magnánima y el porte de galán antiguo. Tenía 40 años más que sus 25 bien vividos a merced de un oficio que le había permitido conocer a todo tipo de hombres: jóvenes deseosos, adultos solitarios y viudos con dinero entregados a la soledad.

Pero él era distinto.

Lo supo desde la primera vez que escucho su voz, un sonido con una cadencia que le alteró todas las sensaciones.

— Buenas tardes. Disculpa, ¿Tú debes ser Julia, no es así? — .

— Hola cariño. Si amor, me llamo Julia. ¿Qué te puedo ofrecer? —

— Por las fotos tuyas que he visto, me puedes ofrecer todo. Quería saber el coste del servicio. Quiero conocerte a fondo por una hora. Si veo que me gustas, y nuestro encuentro funciona, podrían ser hasta dos. —

— Son 150 la hora, cariño. Y te aseguro que quedarás encantado conmigo. —

— O tú conmigo. ¿Flores o rosas ? —

— ¿Perdón? —

—¿Prefieres flores o rosas? —

— No es necesario ningún regalo, cariño. La que regala aquí soy yo. —

—No lo puedo evitar. Es mi marca personal. —

— Lo que tú decidas, cariño. —

— ¿Estaría bien a las 8:30? —

— Perfecto. A esa hora quedamos. —

— Paso por tí. No me gusta entrar a esa casa llena de, no sé, lujuria. Nos merecemos un espacio mejor, más íntimo. Al menos es lo que yo quiero, lo que yo siento. —

— Como quieras cariño, pero sabes que el coste lo cubres tú, ¿No es así?
—

— Vendremos a mí casa. No te preocupes. Aquí estaremos bien. —

— ¿O tú conmigo? —Se quedó pensando. Esa voz cálida, segura, rompía con los sonidos que a diario escuchaba a través del teléfono: tristes, temblorosos, discursos innecesarios, declaraciones de amor sin sentido.

Cuando lo vio, se sorprendió. Se esperaba a alguien distinto, no al galán de 65 años que tenía enfrente. La sorpresa de la edad no le causó un disgusto, por el contrario, avivó en ella las ganas de conocer a aquél hombre que parecía hacerse más inmune con cada paso que daba, con cada palabra que decía. Con cada minuto que le quitaba a su vida.

Estuvieron dos horas juntos, pero ella quedó encantada para siempre. Cuando la dejó, pasada la medianoche, se quedó pensando en él: en el momento en el que le abrió la puerta para entrar y salir del coche, en las palabras que le decía cuando, con una destreza sublime, la desnudaba — Esos ojos merecen conocer el mundo, y no más hombres — en la fortaleza de ese medio siglo de vida cuando la penetró sin cansancio durante esas dos horas interminables.

Se volverían a ver. Lo supo cuando, después de verlo alejarse en su coche, no pudo borrar su número.

— Me llamas y salimos a cenar. No te preocupes, sin negocios de por medio. Solo una cena —

Intentó eliminar ese contacto, pero no pudo. Quiso hacerlo dos veces, cuando entro a la casa de citas, su casa; al momento de acostarse. Trató de hacerlo una tercera vez por la mañana, cuando el recuerdo de la noche anterior todavía ardía fuertemente . Pero la corazonada se le resistió.

— Bueno. Una cena no estará mal. Quién sabe cuándo y sí lo llamaré. —

Pero sabía que lo haría. Marcó ese teléfono dos semanas después, y agachó la cabeza cuando la fría contestadora le dijo que aquél hombre no estaba disponible. Pero se animó al día siguiente, cuando después de

llevar a la puerta a un cliente, vio un mensaje en su móvil.

— Eres Julia, ¿No es así? Me llamaste ayer. —

Le había contestado por un impulso de la corazonada. Nunca se le habría ocurrido llevar el número de una prostituta, y menos dejar el suyo, pero aquella chica rumana le había provocado una intriga importante, un revoloteo en el estómago que no lo dejaba tranquilo y le alteraba las madrugadas.

Ella lo visitaba dos veces por semana en su casa, por las noches. El primer mes, el encuentro era parte del oficio, hasta que un lunes de agosto, él la atajó antes de que saliera por la puerta:

— Aquí tienes. — le dijo, mientras le entregaba las llaves del pequeño chalet donde vivía.

— ¿Y esto ? —

— No necesitas tocar la puerta. Puedes venir cuando quieras. Si nos vamos a la cama, me dices cuánto cuesta el servicio. Y si no, simplemente estamos aquí. Juntos. EL cuarto que está al costado del mío, puedes usarlo. Acomódalo a tu gusto.—

Ella lo abrazó fuertemente y lo besó. Una lágrima le cayó por los ojos.

— ¿Por qué lloras? —

— Porque contigo siento que soy una persona, y no solo una mujer hermosa. —

Se alejó pensando en todo aquello. Sabía que volvería la noche siguiente, y que aquél lugar, y él, se convertirían en el nuevo refugio de su soledad. Estaba feliz, y sentía que el mundo en el que vivía pasaría a ser, pronto, un pretérito con un sabor amargo.

Después de verla doblar por la esquina, una duda le atajó el momento, y se sintió inseguro por lo que había hecho. Nunca pensó que aquella chica de apenas 25 sería capaz de desnudarle el sentimiento. Sintió un espasmo importante en su interior: fue entonces cuando se dio cuenta que había comenzado a mitigar los fantasmas de su viudez y pensó que había llegado el momento de quitarle la mortaja a su corazón endurecido, no sólo como una forma de rejuvenecer a puertas del ocaso, sino también para mandar a paseo su insana costumbre de solitario mayor.

La noche siguiente, ella apareció en su casa, tocó el timbre mientras abría la puerta y al entrar, él ya estaba allí mismo, listo para recibirla. Le quitó el saco delicadamente apenas cruzó el umbral, y ella se sintió respetada

porque aquél gesto no era una forma de llevarla a la desnudez. La cogió por la cintura suavemente, le besó la frente y le hizo una pregunta que ella hace tiempo no la escuchaba tan real.

— ¿Cómo te sientes? —

Feliz. La sensación era tan fuerte que aquella frase sencilla y común la vulneró. La cortejó hasta el comedor. La cena ya estaba servida: el olor de los croissants de salmón ahumado y el pollo a la sidra invadían toda la estancia. Le abrió la silla y después de servirle una copa de vino blanco, se sentó.

La cena comenzó con un intercambio de silencios. Él se sentía un poco corto, porque preguntarle por su día iba a tener un corte irónico: en aquella casa de citas, acostándose con quien tocara el timbre y fingiendo un placer rancio, ausente. Ella estaba contenta, pero se sentía agobiada por la buena ventura que significaba aquél hombre. Después de unos minutos, ella rompió el silencio.

— ¿Qué has hecho durante el día? —

— Lo que mejor se me da. Leer. Leer y escribir. Salí a hacer compras por la mañana. Sabía que vendrías y quería preparar algo especial: es tu primera noche aquí. Tranquila. No quiero que sientas que te estoy comprando. Quiero que te sientas bien. Cuando terminemos subes a descansar porque yo me quedaré aquí, escuchando un poco de música.—

— Además de las compras y leer. ¿No has hecho nada más? —

— No. Ese es mi pacto con la edad. Yo no me esfuerzo demasiado, y ella me da las fuerzas y la voluntad para hacer lo que más me gusta. —

—Te lo he dicho. Tienes un espíritu demasiado joven para la edad que tienes. —

Ambos sonrieron. Él se sinceró.

— No quiero preguntarte por tu día, porque me lo imagino. ¿Cuándo vas a dejarlo todo? —

—Estoy en ello. No lo sé. No es tan fácil decir “Venga, al diablo todo, comencemos mi nueva vida con mi novio mayor”—

— Es tan fácil como proponérselo. Ya no tienes ninguna necesidad. —

Ella sabía que no era tan sencillo. Quería dejarlo, pero había estado en ese círculo desde hacía 8 años, allá, en su país natal, en el este. No conocía otra forma de vivir, y ahora que la buena providencia le daba una

oportunidad, no sabía cómo aprovecharla.

Terminada la cena, ella se acercó a él, lo besó y, bajo la cortina de un impulso innato, le dio las gracias acariciándole el miembro. Él la detuvo.

—No es necesario. Yo no estoy pidiendo una recompensa. Y has tenido sexo todo el día.—

—Sí, pero no amor. —

Subieron juntos y al llegar al cuarto, fue ella quien tomó la iniciativa. Comenzó a desnudarlo como una madre a su niño, y lo acarició no desde el profesionalismo, sino desde un amor desenfadado. Se quedó tranquilo, y la dejó ser: cuando ella puso sus labios en el prepucio arrugado, él, más allá del placer, sintió que sus 65 años eran solo un mito. A pesar de que ya se habían acostado antes, bajo la sombra de un negocio antiguo, esta vez el trato que ella le dió le resucitó ya no las ansias por el sexo, sino por el amor, y cuando ella dejó de jugar con su miembro rejuvenecido y en pie, la cogió por la espalda, inventó la suficiente fuerza para darle la vuelta y la penetró como el loco enamorado que había sido alguna vez. Ella gimió, no desde el compromiso, sino desde las entrañas, y sentía que esos vaívenes eran la prueba fehaciente de que el sexo en el amor era posible. No descansaron toda la noche, y ella no volvió a ir a la casa de citas, ni siquiera para comunicar su ausencia.

Desde aquellos momentos, esa casa se convertiría en su hogar. Él se sentía útil nuevamente, y la mimaba con detalles instintivos, pequeños trámites al momento del cortejo que pensó que ya había olvidado. Ella sentía el engreimiento desde su niñez más profunda, y sentía cosquillas en el ego cuando él le confesaba al oído como se sentía cada vez que la veía: cuando se bañaba, cuando la cogía por el brazo, cuando hacían el amor hasta que él se quedaba dormido ir la excitación. Comenzaron una vida de favores mutuos, con un cariño existencial de por medio: él tenía una compañía a puertas del ocaso y ella tenía una vida por primera vez. Las cenas comenzaron a ser una suerte de encuentros terapéuticos: ella le contaba su pasado y su presente, inmersa en el mundo de la prostitución, y había aprendido a contarlo no desde la tristeza, sino desde la valentía. El no le reprochaba nada, y evitaba escandalizarse ante cualquier tipo de confesión. Por el contrario, a través de las palabras dejó por fin sangrar esa herida que tenía desde que quedó viudo y solo, con la firme creencia de que su momento llegaría pronto. Ahora, no lo quería.

Fueron esas conversaciones las que comenzaron a insinuar los temores de ambos. Ella sabía, muy en el fondo, que la distancia de la edad le producía un recelo al cual no quería darle justificación. Y él sabía que ella tenía ese temor. Pero el hecho de haber aprendido a compartir sus soledades aplazó la conversación más tiempo del que se pensaba. Fue cuando estuvo a punto de cumplir 70, que él, consciente de que las fuerzas se desvanecían

poco a poco y sin avisar, puso la propuesta sobre la mesa.

— Me hago mayor. Y tú sigues hermosa. Quiero tan solo una promesa: que te quedes conmigo hasta que muera. Aunque no me ames. Aunque todo esto — y se señaló a sí mismo— se apague. —

— En ningún momento he pensado en abandonarte, cariño. Y estos son los mejores años de mi vida. —

Sabía que mentía. Pero no a él, sino a sí misma. La idea de abandonarlo todo la traicionaba a diario, aunque la opacaba con la excusa de que aquél anciano la había sacando de la ciénaga moral en la que vivía. Pero la distancia de la edad era una mosca renuente que aleteaba, todas las noches, en su conciencia.

—¿Qué sería lo peor que podría pasar? — pensaba siempre —¿Qué no se muera? —

Ponía un gesto agrio cada vez que aquella idea le venía a la cabeza, y luego, su lado amable, intentaba excusarla.

—No pienses eso, icarajo! Si no fuera por él, estarías todavía allá, en la Av. de los toreros. ¿Dónde vivirías si no fuera, aquí, con tu novio mayor? —

¿En realidad no podría vivir sin él? El dinero no sería un problema: podría volver al negocio, al sexo sin amor, que le bajaba el dedo acusador a la sociedad con la gran cantidad de dinero que percibía a diario: trescientos a cuatrocientos euros al día.

— Pero eso no es lo que quiero. —

— Entonces, ¿Quieres quedarte con él? —

La segunda tampoco era una opción, pero de momento era la decisión más acertada. “Solo hasta que me muera”, le había dicho él, con sus setenta años a cuestas. “Además, lo quiero”, pensaba ella.

¿Realmente lo quería? En esos cinco años habían compartido muchos momentos, viajes que él costaba, con su pensión abultada de aviador retirado. Y él le cumplía todos sus caprichos, la quería ver sonreír, y lo mejor, sonreír con y gracias a él.

Pero las hojas de calendario no mentían, y los dos últimos años habían comenzado a sincerarse fuertemente: a él le costaban cada vez más las pequeñas cosas, se había encerrado en su rutina de literatura y libros, y ella comenzaba a sentirse ya no la mujer a quien ella sacó del mundo de la prostitución, sino la ama de llaves que debería estar siempre a su

disposición. Además, los últimos meses, un temblor renuente y repentino de las manos le habían disparado a él las alertas con la figura de un parkinson inminente, pero su renuencia a ir al médico — solo dan malas noticias, decía — había impedido confirmar el diagnóstico.

El cumplió setenta y dos años. Ella estaba en la plenitud de sus treinta y dos. Sus manos temblaban sin compasión, y aunque lo intentaba desmedidamente, el galán interior ya se había apagado, había muerto para siempre. Celebraron su cumpleaños juntos, en ese hogar que estaba tornándose frío, rancio. Después del brindis, y de apagar las siete velas que habían en la tarta que ella había preparado, más como la consecuencia de un impulso de la compasión que un detalle del amor, ella preguntó.

— ¿Cuántos años ya llevamos juntos? —

Intentó disimular el gesto, pero la pregunta estuvo acompañada de una mirada, mal disimulada, de descontento..

— Son siete años. ¿Te pesan, no es cierto? —

Al verse delatada, lo abrazó en su sitio.

—No, no me pesan. ¿Por qué piensas eso? ¿Te he hecho algo para que pienses eso de mí? —

—Hace tiempo que no tenemos siquiera una caricia. En estas siete décadas he conocido miles de gestos y miradas. Y la tuya refleja duda, hasta cierta tristeza. —

No supo qué contestarle. Solo atinó a besarlo.

— Feliz cumpleaños, cariño.—

—Solo hasta que me muera. Así cómo van las cosas — mostró las manos temblorosa — no será en mucho tiempo.

— No digas esas cosas. —

—Solo he sido tu voz. —

Sabía que era cierto. Se dio cuenta cuando, aquella noche, lo bañó con un jabón de pastilla y una esponja médica. "Solo hasta que me muera".

— Quizás, eso suceda pronto — se decía a sí misma.

— ¡Carajo! ¡Ya te he dicho que no pienses eso! —

Llegaron los setenta y cinco años de él, y los treinta y cinco de ella. Seguían enquistados, cada quien en el mundo del otro, contrastados por el espanto que le producían sus soledades. Él le tenía miedo a su ausencia: comenzó a desconfiar cuando se iba a hacer la compra, cuando desaparecía más de dos horas en sus caminatas nocturnas. Cuando, después de bañarlo, lo dejaba en su cuarto. Ella, por el contrario, se temía a sí misma: hace un año que salía todas las noches, caminando sin rumbo. Su única forma de sobrellevar ese encierro voluntario.

—Quizás se muera pronto—

Pero ese momento no llegaba. Y, nuevamente, el calendario comenzó a hablar fuerte, dirigiéndose no solamente a él, sino también a ella. Una cana furtiva le hizo darse cuenta de que su juventud estaba en tránsito, y más grande fue su espanto cuando se percató de que al inicio de sus piernas firmes y duras, en el punto donde se unían con sus glúteos macizos, se habían comenzado a formar líneas adiposas.

— No quiero llegar a mis cuarenta con él. —

— Tranquila. Él no llegará a los ochenta. —

— Lo mismo pensamos cuando tenía setenta. Aunque no lo aceptábamos.. —

Pero el tiempo pasaba. Y él se percataba cada vez más del descontento. Tampoco quería forzarla a quedarse, pero el solo hecho de afrontar el resto de su vida sin compañía, hacía que su egoísmo se volviera invencible.

Sucedió un jueves de diciembre. Ella no pudo más, y durante la cena, le confesó abiertamente lo que sentía.

— No quiero quedarme más aquí. No quiero permanecer a tu lado, estando así, siendo solo una persona que cuida de ti.—

— Sólo hasta que me muera. Eso sucederá. Y pronto. —

—¡La idea no es que te mueras! ¡Es que quiero irme! —

No le respondió. El parkinson lo invadió más de la cuenta. Todo su cuerpo comenzó a temblar. Se fue de bruces al piso. Ella se acercó: la conciencia

le pudo nuevamente.

—Tranquilo. No te preocupes, cariño. Hasta que te mueras. No me voy a ir. Me voy a quedar contigo. Juntos. —

Hicieron una tregua. Ella saldría más temprano a caminar. Necesitaba más tiempo para despejarse, respirar un poco de libertad. En una de esos paseos, guiada por no sabía que corazonada, tomó un autobús a Madrid y se dirigió a la Avenida de los toreros. El número estaba todavía ausente en la puerta. Tocó el timbre. La persona que le abrió no sé de dejó ver. Cuando entró, el sitio estaba igual.

Sabía que el cuerpo le estaba pidiendo fuertemente un camino hacia la libertad, y en España conocía solamente dos mundos: el de su novio mayor y el de aquella casa de citas. La madame la miró de pies a cabeza, reconoció en ella los rasgos comunes y le habló en su rumano natal.

—¿Estás buscando trabajo? —

—Antes trabajaba aquí. ¿Está la señora Zuzana?—

—No sé de quién hablas. Pero yo te puedo atender. Soy Izabella ¿Vienes para buscar trabajo? —

— ¡No! No lo sé. —

La invitó a tomar un café, y después de verla desnuda, le dijo una verdad que no esperaba.

—Ya no estás en edad. Aquí quieren chicas jóvenes. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y ocho? —

—Treinta y cinco —

—Da lo mismo. Lo siento. Tienes casi mi edad. Y yo ahora dirijo este lugar.—

Cuando salió, a pesar del mal sabor de boca que le provocó el hecho de saber que había perdido su atractivo, agradeció el que no la hubieran aceptado nuevamente en la avenida de los toreros. Al llegar a casa, él estaba allí, sentado frente a la chimenea, intentando leer un libro a pesar de los temblores recurrentes.

—¿Dónde has estado? —

— En Madrid. Necesitaba un paseo fuerte y largo.—

— Ven acércate.—

Ella le dio su oído.

—Hasta que me muera.—

Sabía que no sería capaz de seguir así mucho tiempo. Cada vez, las salidas se hacían más prolongadas, y ella se preguntaba qué podría hacer por su vida para recuperar aquella juventud que se le había ido de las manos.

Él comenzó a despedirla siempre, abrazándola fuertemente, como un niño engreído.

—Hasta que se muera—

Pasaron tres años más. Ambos no sabían qué hacer con la conciencia de cada uno: ella, porque no quería abandonar a la única persona que la había querido realmente en su vida; él porque veía su pena reflejada en cada uno de sus movimientos, y quería dejarla ir, pero le tenía un temor taciturno a la soledad. La relación ya se había convertido en un intercambio de silencios: solo se comunicaban a través de los gestos, que se confundían con los temblores del anciano, cada vez más evidentes.

Pero ese ansiado día no llegaba. Siempre abría los ojos, cuando iba a levantarlo, y el encontrarlo temblando pero vivo, le producía una cierta desilusión.

Una tarde, tuvo un impulso desesperado. Ni siquiera cogió sus cosas, se acercó a él, lo besó en la mejilla dulcemente y le mintió sin remordimiento..

—Voy a pasear. Ahora regreso.—

Él la abrazó fuertemente, le dio un beso en la frente y le pidió que lo ayudara a subir a su cuarto, que quería ver el atardecer desde su balcón.

Después de dejarlo, se alejó rápidamente, pensando en cómo había caído en esa relación vacía, en el mordisco que sentía cada vez que él, todas las tardes, la despedía con un abrazo posesivo, apretándole los brazos, como un grillete que se cerraba fuertemente sobre su espalda. Cruzó la acera, con la mirada hacia el piso, intentando una huída que no se atrevía a realizar. Volteó, y lo vio allí, en el balcón. Mirándola. Él, al verla desvanecerse entre las calles, sacó fuerzas de donde no tenía, se apoyó sobre la barandilla, se inclinó suavemente hacia adelante y se dejó llevar por la inercia. Ese mismo día había, también, decidido darle su libertad.

Capítulo 6

Noches en Costa Ballena

Las furgonetas llegaron a Costa Ballena a las cuatro de la tarde. Los pasajeros, la mayoría latinoamericanos, se deshacían en medio del género por los abrasadores treinta y cinco grados que los mantenían allí, adormecidos, con el ánimo en mínimos y abriendo levemente los ojos: un guiño inconsciente para verificar si ya habían llegado a su destino.

Era agosto.

— ¡De pie carajo! ¡A levantarse! —

Las puertas traseras se abrieron lentamente. El breve hilo de luz que discurría por las rendijas se transformó en un fogonazo perturbador. El peruano alzó su brazo para cubrirse la vista e hizo una pregunta obvia.

— ¿Ya llegamos? —

— ¡No, cojudo! ¡Nos van a sacar a pasear! — Le contestó el paraguayo, que se ponía de pie, maldiciendo.

Todos se levantaron de mala gana. El desaliento se reflejaba en sus rostros, en sus espinazos encorvados y en la languidez de sus movimientos.

— ¡Apuren, mierdas ! ¡ El mes es corto! ¡A trabajar! —

El ecuatoriano que había dado la orden lanzó un escupitajo, se puso las manos en la entrepierna y, mientras se rascaba las testículos, les lanzó una motivación devastadora.

— Ya saben que ustedes están aquí gracias a mí. Nadie los quiere, no tienen documentos. Me estoy arriesgando dándoles trabajo. Tienen que ser considerados —

— Calla, conchetumadre — dijo para sus adentros el peruano.

— Lo peor es que este hijo de perra tiene razón — susurró el paraguayo.

— Un mes, carajo, solo un mes. — dijo el peruano.

— Será para tí. Para nosotros es un estilo de vida —

A un lado, el argentino y el chileno ya se habían puesto manos a la obra. Estaban descargando el género, aunque por la expresión de sus rostros,

parecía que estaban removiendo y apilando cadáveres. El cariz enrarecido era mutuo. El peruano y el paraguayo, ya algo despejados, comenzaron a montar las tiendas de lo que sería el cinto ferial.

— Compare, pero no entiendo. Tú tienes documentos: eres un estudiante. No tienes necesidad de esto. —

— Te equivocas, cumpita. Con esa mierda apenas si puedo moverme. No te permiten trabajar. —

— Pero por lo menos puedes caminar tranquilo. Nosotros, ni eso. —

Agosto los estaba consumiendo. Dieron las seis de la tarde y el sol estaba allí arriba, imponente, castigador, bramando ráfagas de bochorno y calcinando sus movimientos. De un momento a otro, el lugar comenzó a llenarse de otros inmigrantes que parecían hormigas soldado construyendo, a paso lento y constante, su propia nido: la feria de verano de Costa Ballena.

En dos horas, el lugar que antes había sido un descampado ahora lucía distinto: cuatrocientos metros cuadrados de tiendas feriales y una carpa hecha en base a telares exquisitos, trabajados con precisión, donde dos musulmanes altos y barbudos ofrecían a los veraneantes lo mejor de la artesanía marroquí.

— ¡Carajo! ¡En la tarde no había ni mierda! — dijo el peruano.

— Es la magia de agosto. — bromeó el argentino.

Se dieron un breve descanso, mientras comían un bocadillo y tomaban un par de vasos de cerveza para enfriar los ánimos. Antes de irse, el ecuatoriano los reunió a un costado, en un pequeño rincón atrás de las tiendas, para recitarles las reglas de rigor.

— La consigna es vender todo lo que puedan. No sé como mierda harán, pero el sábado, cuando regrese, las bolsas deben estar vacías, y la caja llena. Pobre, carajo, del que me quiera hacer la cagada.—

Los inmigrantes, de pie a su alrededor, bufaban para sus adentros sin ocultar el descontento atenuante en sus rostros, aunque ninguno se atrevía a alzar un pequeño susurro de protesta. El ecuatoriano se metió nuevamente la mano en la bragueta, puso un gesto rancio y se despidió con una advertencia.

— Agosto es un buen mes. Aprovéchenlo, si venden más, ganan más. Y eso sí, carajo, se jode vivo aquél al que se le ocurra robarme, o hacer cualquiera cagada en el chiringuito. No estaré aquí, pero tengo a mis

chacales observándolos. —

Antes de irse, les lanzó un puñal en forma de una verdad contundente.

— Son ilegales, parias. No tienen documentos. Sin mí, estarían muertos de hambre. —

El peruano comenzó a sentir acidez en su boca. Toda esa bilis que no había podido expresar se convirtió en un sabor agrio y una mirada en ebullición, pero la queja menguó ante la necesidad: tenía que ahorrar para pagar sus estudios, el viaje pendiente a Italia y el poder mantenerse en Europa. El paraguayo se acercó a él e intentó apagar la sensación de desasosiego que tenía en su interior.

— Tranquilo compare. Treinta días, tú 27. Y estarás allá donde quieres ir. A Roma, como un grande. —

— Sí carajo. No veo que llegue ese momento. —

— Además, ¿De qué mierda te quejas? Tienes estudios. —

El peruano lo miró con extrañeza y asintió, dándole la razón de forma tácita. Rebuscó nuevamente el bolsillo trasero de su pantalón, como lo hacía infinidad de veces durante el día, para encontrar ese sentimiento encontrado: su documento de estudiante. Un pedazo de papel enmicado que le daba una libertad básica, porque le permitía andar sin titubeos y sin la necesidad de levantar la guardia en la calle, pero le negaba la oportunidad de ganarse la vida en un trabajo decente. La situación de los demás era distinta: todos eran indocumentados, seres sin nombre o apellido en un lugar hostil plagado de policías vestidos de paisano. Si se alejaban del lugar, podían atraparlos y verse a merced del equivalente a la pena capital para un inmigrante: la deportación.

Agosto mantenía el sol hasta las diez de la noche, hora en la que los veraneantes comenzaban a aparecer en la feria. La mayoría eran extranjeros, altos y alemanes. Los atraían las chucherías, los juguetes de cincuenta céntimos que los feriantes exhibían como si fueran objetos traídos del fin del mundo. Y, a uno que otro, le llamaba la atención esa diáspora que mediante voces melodiosas y cantos breves, se llevaban el pan al bolsillo.

—Con esta ropa me he paseado por todo el mundo. Estas prendas no las van a encontrar en ningún sitio. — gritaba el argentino, un pendenciero antiguo que había viajado por toda Europa gracias al negocio.

— Es ámbar, señora. Joyas de ámbar. Sí, entiendo, son un poco caras para una feria. En una tienda de a pie no las va a encontrar por menos del doble. No importa, gracias. ¿English? Yes, ma'am. If you need, I can

speak even chinese. — soltaba el peruano, intentando llamar la atención.

La feria se mantenía en pie hasta la una de la mañana. Después de cerrar las tiendas, el peruano, el paraguayo, el argentino y el chileno comían en un bar cercano y se bañaban en las duchas públicas, en la playa. La nostalgia los comenzaba a corroer a partir de las dos, cuando se reunían en medio de una fogata terapéutica improvisada al borde del mar. Allí comenzaban a hablar sobre los desvaríos de la inmigración, contando cada uno la historia que tenían a cuestas.

— Agosto es, por un lado, un mes de mierda. El trabajo es deprimente pero, carajo, si se vende bien ganamos más. A mí lo que me jode es no poder caminar tranquilo por las calles.— decía el paraguayo, quien tenía ya tres años en la intemperie a la espera de una documentación de trabajo.

— Con lo feo que eres yo tampoco andaría tranquilo — le contestó el argentino.

— ¡Chucha! ¡Comienza un lío de gitanos! ¡Te toca paraguayo! ¿Quién da más? — lanzó el peruano, con la intención de iniciar un duelo de verborrea fina entre ellos.

— Las huevadas para luego ¡Carajo! A ver, feos de mierda. ¿Por qué están aquí? — dijo el chileno, con una voz autoritaria y la quijada endurecida.

Con un poco de licor para suavizar el ego, los cuatro comenzaron a contar los motivos por los que estaban allí, en chanclas, polo y bermudas y bajo 35 grados nocturnos. El paraguayo inició la ruleta y comenzó a contar su historia con un desgano justificado.

— Aquí vine porque allá no tenía nada: ni trabajo, ni una familia estable. Mi hermano era casi un delincuente y todos estábamos maniatados por la situación. Salí de todo ello en cuanto pude. Ahora, aquí, tengo una familia. Un hijo español que me da impulso y una mujer que me quiere a pesar de las circunstancias. Eso es lo que me mantiene —

— ¿Y con el hijo no puedes obtener el documento? —.

— No. Le sirve a la madre, pero para mí, en los trámites, es tan solo un motivo más, pero no una causa definitiva — contestó.

Aún si no estuviera con el niño, no habría regresado a su país, porque allí la situación era, incluso, peor. Pero suspiraba de vez en cuando porque no estaba ni aquí ni allá, y en ambos lados lo único que era certero era lo precaria de su situación. Después de un momento de silencio, el

argentino llenó el vaso y comenzó a disparar su lunfardo.

— Mirá, ñato, ¿Vos sabés? A mí siempre me han recibido bien en cualquier sitio. Y yo tuve un problema gordo. Allá en La Plata, desde pibe me gustó la falopa. ¡Y la cagué ché! ¡La cagué! Un día, tenía la nariz ansiosa y una mula me vendió una merluza jodida, mala, ché. ¡Me nublé y le metí una faca al boludo! Me encerraron ché, estuve jodido en la tumba. Pero allí conocí a nuestro Salvador, al Jesucristo Todopoderoso. Él me ha guiado desde entonces ché, yo solo escucho su voz y eso me mantiene tranquilo. ¿La documentación? ¡Ya llegará, no me preocupo! ¡Mirá, mirá cómo me tiembla la mano, si es solo un pedazo de papel! A mí no me conmueve nada ché, lo único es que me saquen al frente al Diego, al pibe. Porque, como en la religión, vos sabés que yo soy monoteísta en el fútbol —

La tranquilidad con la que contaba su vida dejó a todos con la mente un poco congelada, porque acompañaba cada palabra con la parsimoniosidad de un santo, y con gestos y actitudes que hacían más interesante su discurso. Era una lección de vida, porque era el más loco de todos y porque, a pesar de las circunstancias, el más feliz.

Dieron casi las tres de la madrugada. Agosto les lanzaba ráfagas de viento calcinantes, como intentando menguar sus ánimos. Un breve silencio se impuso después del testimonio del argentino. Antes de llevarse un vaso de licor a la boca, el chileno miró al peruano con el desgano mutuo que se estaba apoderando de los presentes y le preguntó.

— Y tú, ¿Por qué mierda estás aquí? —

No supo que responder. Los que estaban a su costado eran supervivientes, que se encontraban así por una imposición de la realidad. En cambio, sus motivos carecían de ese ingrediente de dramatismo, de necesidad. Al costado de los demás, su situación parecía ser más un capricho: acababa de terminar un curso en una universidad madrileña, y había sido seleccionado para ir a Roma terminado el verano, a hacer sus prácticas en un organismo internacional.

Las miradas se dirigieron hacia él y antes de que algún susto lo interrumpa, comencé a hablar casi de forma automática.

— Compare, yo vine aquí como estudiante. En realidad, lo sigo siendo. Es una huevada, porque me mandan a la mierda en los trabajos. Pero el próximo mes me ha salido una vaina en Roma, unas prácticas que me hacen mucha ilusión. Así que, nada pe compare, para adelante no má. Ya después de esa vaina evaluaré, pero de pronto, la pendejada que me mueve es esa. No quiero desperdiciarla. Cuesta, así es, cuesta. La vida es así. No nos queda otra—

—Ya ví que te gusta volar por las alturas. Pero, ¿tanto te gusta esa vaina? Con todos esos estudios que tienes ¿No tendrías un mejor trabajo en cualquier lugar? — preguntó el paraguayo.

— Aquí no. Al otro lado, todos somos iguales — Le contestó.

Se quedó pensando en esa frase, pero rápido devolvió la pregunta.

— ¿Y tú chileno?¿Qué haces aquí? —

— Yo hago esto porque no puedo hacer otra cosa. Porque así estoy, es mi destino y ya está. Tengo la documentación pero, no sé, no me veo en otra parte. Las condiciones son difíciles, sí, pero bueno, ¿Qué voy a hacer? Es jodido, pero es que así esté en mi país o aquí, la situación sería igual. Así que esa es la realidad —

—En eso tienes razón, ché. Esa es nuestra realidad. Esa es la vida, no hay otra— agregó el argentino.

—Bueno. Quizás. Cuando me den la documentación no sabré qué hacer, porque es cierto que ya me acostumbré a este tipo de realidad. Seguro que seguiré viviendo así, pero por lo menos ya habré perdido el miedo de andar por la calle — dijo el paraguayo.

El peruano se quedó de una pieza. No por el sentimiento de luto que invadió el ambiente ante unas sentencias tan negativas sobre la vida, sino porque se vió inmerso en todo ello y con el temor saltante de que era una verdad absoluta, que lo de Roma sería solo un sueño y que él tampoco iba a ser capaz de cambiar su situación. Ese temor lo hizo levantarse e intentar contradecir toda esa negatividad.

— Anda huevón ¡No jodas! Si estás así es porque quieres. Uno sí que puede cambiar su situación, pero eres tú quien está acostumbrado a todo ello. Si tienes documentación podrías buscar otro tipo de chamba, o curro, como camarero, dependiente ¡qué se yo! ¿Por qué mierda dices que no puedes? —

—A ver compare, yo ya sé que me van a rechazar. Así son con los sudacas ¿Tú como chucha crees que son las cosas? Es decir, yo respeto lo que piensas, y sí, probablemente en tu caso haya posibilidades. Pero, ¿nosotros compare? No tenemos idiomas, no tenemos nada, y a mí hasta leer me da flojera ¿Por qué mi situación podría cambiar? Eso no es así —

— ¡No seas pendejo! Yo también creía esa huevada antes de venirme aquí: que con estudios y su puta madre. Pero estoy aquí, con todos ustedes. Con un objetivo ¿Acaso no hay algo que quieras lograr?¿Un

sueño, alguna vaina? —

—Sí, pero los sueños son eso. Sueños. Nunca se pueden hacer realidad —

— ¡Estás huevón! ¡Cualquiera de nosotros es capaz de cambiar todo, cambiar su situación! ¿O te quieres quedar así toda la vida? —

—No es que me quiera quedar. Es que esta, lamentablemente, es mi vida —

La última frase restregó contra el piso los argumentos del peruano, pero no porque fuera una verdad irrefutable, sino por la firmeza con la que el chileno pronunció cada palabra. Sintió el peso de Agosto sobre su pensamiento. Sin embargo, el paraguayo soltó una frase que levantó en brazos su estado de ánimo.

— ¡Eres un pelotudo! Pero tienes huevos eh...cuando alguien quiere algo, muere en su ley —

El peruano se sorprendió de que, mientras todo el mundo meneara la cabeza, quien tenía la situación más complicada fuera quien le diera un poco de alas. Todos se quedaron en silencio y de pronto un giro brusco los hizo saltar de sus asientos de cemento blanco.

—¿Qué hacen aquí, carajo? ¡Borrachos de mierda! ¡A dormir! —

Era un guardia de seguridad del complejo, que al verlos se indignó porque un grupo de sudacas estaba ahí disponiendo de la vida de la mejor manera y con una sonrisa en los labios. Apurados por el temor, cada quien se metió en su tienda, pero antes, el paraguayo se acercó donde el peruano y le dijo.

—Tienes pelotas compare. Sigue tu camino. Yo tengo miedo. Si no me aprueban la documentación, en cualquier momento me deportan. ¿Sabes lo que significaría no volver a ver a mi hijo, a mi esposa? Esta cojudez es una mierda —

—Tranquilo compadre, todo saldrá bien. De una u otra forma, las cosas siempre salen bien —

—Te admiro compadre. Creo que ahora tengo un poco más de ánimos. No ronques mierda, que las paredes son de plástico, no de concreto. Se escucha por todo el complejo —

El peruano entró en su tienda, un sauna improvisado de paredes de plástico. Cogió un libro de Murakami para despejar un poco la mente y se echó sobre el género confundido con el colchón raído. Sintió un cosquilleo

sobre la pierna. Al levantar el libro, vio que una cucaracha paseaba plácidamente por su rodilla, como si estuviera buscando compañía. Se paró bruscamente y el susto le hizo olvidar que estaba debajo de la mesa de ventas, dándose un golpe tremebundo en la cabeza. El asco que le produjo el insecto, y sus posibles camaradas escondidos en medio del género, lo dejó insomne durante más de tres horas, pero el cansancio le obligó a tener una nueva filosofía.

— ¡A la mierda! — dijo — Sería peor si fueran ratas, las cucarachas no muerden—

Llegó septiembre y, dos días después de dejar la feria, el peruano se embarcaba en su aventura romana. El hecho de verse al frente del Fondo de Alimentación de Naciones Unidas le hizo burbujear los recuerdos recientes: menos de tres días antes había estado en sandalias y polo buscándose la vida, y ahora estaba en traje e impecable esperando a su nueva jefa, una señora de ébano de Burundi, y con ansias de cumplir ese sueño universitario que lo había perseguido desde que salió de Perú.

Después de un par de semanas, de disfrutar el nuevo clima de su ambiente laboral, y cuando abandonó su estado de levitación por el éxtasis de una tarea cumplida, recordó a los colegas de Costa Ballena y le mandó repetidas veces un mensaje a todos. El chileno fue el único que le contestó.

— Ahora estamos yendo para Bilbao. Hay una nueva feria allá —

— ¿Y la gente compare? ¿Cómo están ellos? —

— El argentino está en Madrid, se fue a ver a una querida y luego viene.—

— ¿Y el paraguayo? ¿A dónde se ha ido ese huevón?—

— A su país, compare. Lo deportaron —

Capítulo 7

Visita al patíbulo

Ayer tuve la cita con el juez de Getafe, una raya más en el ralo proceso que deben seguir los inmigrantes de los países del tercer mundo, o en vías de desarrollo, para lograr un reconocimiento más acorde como personas en este país ibérico. Es irónico que se le pongan innumerables zancadillas a tantos hombres de bien, cuando en su momento y durante 40 años el país en sí fue una migración interna forzada por las manías de un loco dictador.

Llegué a la entrevista algo nervioso, pero en ningún momento perdí la confianza. Sabía que no iba a ser fácil: el juez tiene la bien ganada fama de inquisidor de ilusiones migratorias y en su cuestionario figuran preguntas que, si el artículo 11 de la constitución lo permitiera, le quitaría la nacionalidad a más del 50% de los españoles de a pie, incapaces de contestarlas.

No era el único que estaba inquieto: dos señoras de tez mestiza, una colombiana y otra paisana, estaban viviendo su propio drama. La fama del letrado genera de por sí tensión al llegar al juzgado. Se siente un aire tétrico al subir por las escaleras, hay cierto olor a sulfuro pululando por el ambiente y la persona que espera en el segundo piso con la lista de entrevistados parece una suerte de Virgilio a la espera del próximo Dante.

Ambas repetían en voz alta preguntas indiscretas, un cuestionario clandestino que ventila por Internet, ya que no existe un temario oficial para dicha entrevista. Contestaban a cada una contando con los dedos y sus respuestas salían gracias a la ventura de la imaginación, porque después me contaron que apenas si habían leído algo de la historia y la realidad española.

— ¿Cuándo es el día de la Constitución? — Preguntaba una.

— ¿Cómo se llamaba el frente en el que luchó Franco en la guerra civil? — Nació otra pregunta.

— ¿Qué diferencias había entre el reino de Aragón y el reino de Castilla?
— Replicó la colombiana, con el semblante torcido.

Contesté a dos de las tres primeras preguntas, porque sí que había leído sobre el tema y no quería que el Juez me pillara como al niño improvisado que fui y que en el colegio reprobó historia del Perú porque contestó "la última" cuando le preguntaron cuál fue la batalla que le dio la victoria a

Chile en la guerra de 1879.

Dos señoras que entraron antes que yo salieron con el semblante torcido y la boca nula de palabras. Me miraron como lanzándome una bendición, aunque en realidad sentí que sus ojos me estaban dándome un pésame adelantado, y entré al despacho del juez nervioso pero confiado: me había recorrido la historia de España desde que me advirtieron sobre los test de nacionalidad (Gracias, Juan Eslava Galván) y me sentía tontamente superior en comparación con mis predecesoras, por ese complejo diferencial que yo solo me había creído, al considerarme un inmigrante 'culto'.

La puerta rechinó al abrirse y allí estaba el inquisidor: con un traje negro a contraste con cabello blanquecino e hirsuto, lapicero en mano y expediente al frente. Al costado, una secretaria algo nerviosa, que parecía intentar disimular la sensación inminente de paredón opaco que se sentía en el ambiente.

— Por favor. Tome asiento — Una voz apagada, tenue, y garraposa cruzó el aire. Su autor casi no movió los labios.

— Buenos días — Contesté. La secretaria me levantó los ojos, en señal de condescendencia, con un temor repentino que me contagió. El juez no respondió a mi saludo, y por el contrario, lanzó el primer dardo, así, sin anestesia. —

— ¿Cuáles fueron las bases sobre las que se llegó a un acuerdo entre partidos para fundar la Constitución de 1979? —

¿Cómo? Había leído de arriba a abajo y del revés al derecho la Constitución, y no sabía responder la pregunta. El hecho de haber sido pillado en mi ignorancia, cuando sentía que había estudiado para el exámen, hizo que mi ego se diluyera al nivel del piso. Mi pierna izquierda comenzó a temblar intranquila, triste, por el repentino golpe bajo.

— ¿Perdón? —

— Esa no es la respuesta. Repito ¿Cuáles fueron las bases fundamentales sobre las que se llegó a un acuerdo entre los partidos para fundar la Constitución de 1979? —

El letrado era completamente ajeno a mi estado catatónico, y por el contrario, ni siquiera me había dirigido la mirada en los diez minutos que llevaba en su oficina. Después entendí, a regañadientes, que ese recibimiento y actitud gélida eran una forma de destruir la poca confianza con la que ingresaban aquellos que se iban a examinar, sobre todo al no existir un temario oficial sobre el tema. Pero, en aquél momento, después de la rumia mental que tenía al buscar una respuesta en el mar de fondo

en el que se había convertido mi mente, opté por balbucear, débilmente, una queja, que era más que nada un pedido de conmiseración.

— ¿Qué clase de pregunta es esa? —

— El que hace las preguntas soy yo. ¿Conoce la respuesta o no? —

Negué con la cabeza.

— Segunda pregunta: ¿Cree usted en el respeto, la igualdad y la libertad, fundamentos sobre los que se basaron los partidos para fundar la Constitución de 1979? —

Mi mirada cambió súbitamente: de reflejar un aire de autocompasión, se tornó gélida, los ojos fruncidos lanzando un desprecio que nacía en las vísceras. Sin embargo, la ira contenida no salió del pecho y por el contrario, una vocecita pequeña lanzó una respuesta afirmativa

— Pasemos entonces a la tercera pregunta. ¿Qué sucedió el 19 de marzo de 1812? —

La pregunta no me agarró de sorpresa, aunque sí nervioso y dubitativo. Sabía que la respuesta era la promulgación de La Pepa, la constitución de Cádiz, pero el primer traspie había hecho que mi autoconfianza pendiera de un hilo. Estuve en silencio por unos segundos y el juez repitió la misiva de forma imponente.

— Repito, ¿Sabe usted que sucedió el 19 de marzo de 1812? —

Lo miré con la boca semiabierta, con palabras que no se atrevían a salir. La secretaria, que había parado el tintineo de las teclas del ordenador hasta esperar que dijera algo, movió la cabeza, mirándome, como lanzándome un ¿Ya? insonoro. Cuando el juez – Que no me había mirado durante toda la cita – alzó su bolígrafo por entre los dedos, lancé la respuesta de forma abrupta.

— ¡Cádiz! ¡Eso! ¿Es eso no? Es decir. Creo que es la fecha en la que lanzaron la Pepa, la Constitución. —

Volteó levemente su mirada y me devolvió esa ponzoña que hacía unos segundos le había lanzado. La leve luz que ingresaba por la ventana se atenuó, la sensación fue de un ambiente más frío y la secretaria, testigo de excepción del suceso, agachó los ojos y pesadamente tecleó mi respuesta en el ordenador.

— ¿Podría usted decirme quienes son y a qué se dedican las siguientes

personas ? —

Pensé que me lanzaría nombres comunes, políticos conocidos u personajes afines. Me había preparado para ello. Sin embargo, comenzó con un listado ajeno y no atiné ninguna de las menciones. Ni siquiera me di el trabajo de intentar una respuesta: bajé la mirada, comencé a rascar mi cabeza y el rostro se me desencajó de forma evidente. A pesar de mi muestra de derrota, el juez no cambió su gesto adusto y se limitó a preguntar si sabía o no la respuesta.

— No tengo ni la menor idea de quiénes serán ellos. ¿Son personajes de la política actual? ¿Alcaldes? ¿Literatos? —

— El que hace aquí las preguntas soy yo —

Después de esa última frase me di cuenta que poco podía hacer por intentar salir airoso de aquella entrevista. Levanté la mirada, esta vez exenta de rencores, y alcé el pecho para afrontar la parte restante del cuestionario ya no con respuestas certeras, pero, al menos, con una actitud digna.

Fueron quince minutos de pullas dulces. No recuerdo muy bien las demás preguntas (¿Qué pasó el 4 de agosto de 1704? fue una de ellas, así como ¿Cuándo se edificó Castilla y cuál fue el motivo por el que se unifican los reinos en España? Después averigüé que los nombres que me había mencionado eran de unos políticos desconocidos en la coyuntura local) , pero sí mi actitud: una sonrisa megalómana, tras la cual intentaba ocultar mis brazos y piernas temblorosos; la mirada a un punto fijo, en la ventana, por donde entraba el único rayo de luz en la habitación, una señal más de ironía que de optimismo; la secretaria intentando compartir una mirada, despertar una alegría, y la mirada adusta del juez de Getafe.

Al terminar el cuestionario, la secretaria imprimió mis respuestas y se las entregó al juez. Después de revisarlas sin cuidado, sentenció:

— Usted ha contestado solamente el 30% de las preguntas que le he formulado. Por tanto, desde mi percepción, usted no está adaptado a la cultura española ni a nuestra sociedad. —

La respuesta me causó bastante gracia: llevaba ya casi siete años en España, trabajando en Empresas españolas, en donde normalmente era el único extranjero latinoamericano (los demás eran Franceses, Alemanes, Holandeses) y donde me reconocían los méritos como comunicador social y programador; mi novia de ese entonces era española, mis compañeros de piso lo eran, y el respeto y estima entre todos nosotros era grande, siempre sacando en alto mi sangre latina pero sin la necesidad de ponerla por sobre la de nadie ¿Y el juez, que me había visto hacía unos minutos consideraba que no me había adaptado bien? No me quedé callado y le

contesté desde mis entrañas.

— Efectivamente, es su percepción. Equivocada, pero lo es. No creo que usted conozca mucho de inmigración, encerrado en este aposento lúgubre. Lo que sucede, y debo reconocer que es lamentable, es que personas como usted tienen poder. —

No se intimidó, pero boté todo aquello que me estaba atragantando. Me dio un bolígrafo para firmar su declaración, y antes de hacerlo, le hice una pregunta sencilla.

— No estoy de acuerdo con esto ¿Qué sucede si no firmo? —

— Si usted no firma el documento no pasa a trámite. Debo recordarle que esta entrevista no es determinante, pero sí una valoración para saber si está usted integrado a España. —

— Entonces, el sentido de la misma es humillar al que tiene delante, ¿No es así? —

Su mirada rabiosa se dejó sentir en el ambiente. Pero había optado por copiarle la actitud. La secretaria, presa de cierto pánico, no volteaba a mirarme desde que había terminado el cuestionario, y parecía encontrar en el teclear mis respuestas una forma de ausentarse del momento.

— ¿Va a firmar o no? —

Cogí el lapicero y dibujé un garabato rápido en el documento.

— Quizás ni siquiera lo toman en cuenta en el Ministerio y hasta termina siendo aprobado — pensé.

Se lo devolví rápidamente y me puse de pie. La secretaria me lanzó una mirada rápida mientras recogía la documentación: me acerqué a ella con un "gracias" en los labios y luego estiré la mano para dársela al juez.

— Avísele al próximo que puede ingresar por favor — Me dijo, sin voltear a mirarme y dejando la mano huérfana.

Al momento de salir me fui a la máquina de café, en el primer piso, y allí me encontré con una de las señoras que ingresaron a la entrevista antes que yo.

— ¿Qué tal le fue? —

— Mal, me hizo preguntas que no tenía ni idea. —

— Pero, ¿Acaso no estabas preparado? —

— Ya. No lo sé. Después de todo aquí, al otro lado, todos somos iguales.

—

Capítulo 8

Crónica de un cambio de hábito

Un susto me quitó la costumbre latina de llegar tarde. Estaba en Madrid con dos amigos que pasaban de viaje, y con el rabillo le di una mirada al reloj, porque tenía otra cita con unos antiguos compañeros de trabajo. No calibré bien la velocidad del minuterero y, cuando me di cuenta, llevaba ya un retraso de quince minutos. Me despedí de ellos y aceleré un poco el paso, mientras cogía mi celular y enviaba un mensaje al grupo de amigos que me esperaban. Estaba por bajar al metro y el timbre del aparato me hizo saltar la sien: había recibido una misiva letal.

— “Pero, ¿Dónde andas, quillo?” — decía.

— “¡Chucha!” - me dije — “¡Estoy tarde!” —

No solo leí el mensaje: lo ví en cuerpo presente. Alcé la vista y allí estaba ella: su mirada grande con esos ojos marrones de avellana mirándome, mientras su voz gaditana con cadencia episcopal me lanzaba un imperativo dulce:

— “¡Dónde coño andas, quillo!” —

— “¡Ay, mi madre! ¡Estoy tarde!” —

En el metro me iba a demorar más, así que tomé un taxi. Respondí con un mensaje rápido a la advertencia, aunque con una verdad a medias.

— “Estoy llegando. Voy en coche” — escribí.

El taxista me preguntó la dirección, y después de dársela, le pedí que pusiera firme el acelerador todo lo que podía.

— “¡Es que estoy tarde!” — le dije.

— “No puedo ir más rápido de lo permitido. ¿Cómo que llegas tarde?” — preguntó.

Le conté al detalle los hechos, la visión arcangélica que tuve del mensaje y mi costumbre malsana de nunca llegar temprano. Cuando terminé, me dijo.

— “¡Coño! ¡Estás tarde!” —

Apretó el acelerador un poco más de lo permitido y entró al Paseo de la Castellana, que nos abrió el paso poniendo todos los semáforos en verde.

Pensé que tendríamos vía libre para llegar a mi reunión, pero el ir a mayor velocidad de la permitida nos pasó factura. Cuando escuchamos la sirena ya era demasiado tarde. Un guardia motorizado nos hizo frenar, y cuando se acercó para multarnos por el exceso de velocidad, le conté el dilema.

— “Y la voz, ¿Cómo era?” — preguntó.

— “Cadenciosa” — dije — “Y gaditana”.

— “¡Hostia!” — respondió — “¡Estás tarde!” —

Nos perdonó la multa y pasó a convertirse en nuestra escolta, abriéndonos paso entre las coches por las calles de Madrid. Ya en el barrio, el taxi comenzó a callejear sin suerte, y ante la prisa, le preguntamos a un viandante por la dirección. Su respuesta, un “no tengo tiempo” desganado, me forzó a contarle el dilema. Después de escucharme con atención, con la sorpresa en el rostro me dijo.

— “¡Coño! ¡Estás tarde! Entra por esta esquina a la derecha, dos calles rectas y luego a la izquierda, busca ahí el número” —

Cuando llegamos a nuestro destino, le di las gracias al taxista, bajé raudo y antes de partir me deseó suerte. Toqué el timbre y sin holas de por medio me abrieron la puerta. Sentí que ese silencio inicial era un mal augurio, así que preparé la mente para que se mantenga firme ante los reclamos que ocasionarían mi tardanza. Subí, la puerta estaba abierta y cuando entré al salón, allí estaban mis tres amigos, y entre ellos, ella, con la mirada grande e imperativa. Al verme, su voz cadenciosa me dijo.

— “¡Quillo, coño! ¿Otra vez tarde?” —

No supe qué decir, y ante el poder de sus ojos marrones solo atiné a contar la verdad. Le conté las prisas, el apoyo del taxista, la sorpresa del policía y el conducir rápido por el paseo de la Castellana. Después de escucharme por cinco minutos, solo atinó a sonreír y dijo.

— “¡Coño! ¡Era una broma! ¡En realidad, esta vez no estás tan tarde!” —

Después de todo, no estaba tan mal. Y la desesperación por no llegar tarde era tan solo un susto más en los juegos de mi imaginación.

Capítulo 9

Confesión en los Aires

Al subir al avión, sintió el escalofrío acostumbrado, aquél que siempre la atormentaba cada vez que viajaba sola por las alturas. Iba a ser un trayecto intenso, pero no por el temor a volar, pues repetía la rutina entre Lima y Barcelona un par de veces al año, sino por el pánico que la causaba la turbulencia de los recuerdos, ansiedades que se presentaban cada minuto durante el viaje.

Entró al avión, y comenzó a mirar a todo el mundo con una sonrisa que era una mezcla de felicidad y melancolía, en medio de un rostro rugoso y terso. Sus ojos lanzaban una mirada triste, una señal inequívoca de una vida llevada a la fuerza. Cuando pisó el corredor interno para llegar a su asiento, comenzó a sentir el gorjeo tenue de las nostalgias, que la invadía a la altura del estómago y comenzaban a recorrer su espinazo como una descarga. Se abrochó el cinturón y sintió una aguja en el pecho: necesitaba compartir con alguien toda esa angustia en ebullición.

A su izquierda, en el asiento hacia la ventana, un joven intentaba leer un libro de un grosor importante. Lo ojeaba por momentos y hacía breves paréntesis para lanzar la mirada a cualquier parte. Al sentir su distracción, ella pensó que él podría ser el receptor perfecto para liberar todas esas memorias atraídas por las alturas. Soltó una frase sin importancia para romper el hielo.

— ¿Por qué está tan preocupado joven? —

— Por nada señora. Lo único es que estoy intentando leer. Ya llevo un tiempo con este libro y estas doce horas son propicias —

— ¿Es una Biblia? —

— No, señora. Es un libro de relatos, de García Lorca —

— No he traído mi Biblia, se fue con las maletas del equipaje ¿Es usted creyente? —

— No, sinceramente —

— Yo confío mucho en nuestro señor Jesucristo. Él nos cuida, no se preocupe, joven —

La cadencia religiosa de la anciana lo incomodó. Renegó para sus adentros, porque pensaba que iba a ser víctima de un testimonio de fe que no había pedido. Ella, en cambio, había iniciado un monólogo

interminable, e hilvanaba cada palabra de forma automática, natural. Cuando estaba a punto de decirle que quería seguir leyendo, que lo disculpara, la conversación tomó un giro importante con una comparación que él no se esperaba.

— Usted me recuerda mucho a mi hijo. El tendría ahora, más o menos, su edad. ¿Menos de 40 pero mayor de 30, no es así? El Señor lo cuida mucho, lo tiene en su seno. Fue por culpa de las juntas, de los demonios de sus amigos que lo envolvieron en todo ese mundo —

— ¿Qué le pasó? —

— Murió en la cárcel, por culpa de las mafias —

Una lágrima se le escapó por sus comisuras y terminó en sus labios. Su confesión se selló con un pesado silencio entre ellos, hasta que él le acercó un pañuelo blanco. Frunciendo el ceño en señal de interés, le preguntó.

— ¿Cómo sucedió todo? —

— Mi niño, que Dios lo tiene en su gloria, cuidándome, allí al costado suyo, viajó a Barcelona porque en Lima no encontraba trabajo. No tenía futuro. Cuando nos dejó, nos dijo: “No se preocupen. Yo me encargaré de reunirnos nuevamente a todos”. Pudo traer a su hermana, y yo estaba alistando toda mi documentación cuando sucedió todo. —

Él la seguía mirando, analizándola con ojo clínico, como un escáner en la sala de migraciones de un aeropuerto. La anciana y su historia le removían los sentimientos, y lo que pensó iba a ser una charla de doce horas sobre los siete pecados capitales, se había convertido en una historia que lo había dejado con ganas de más.

Ella comenzó a narrar la vida del hijo, un chico que había crecido con las marcas del padre ausente, del maltrato social y la discriminación de la sociedad limeña. Un marginal sin recursos. Lima no le ofrecía ninguna oportunidad y optó por seguir el camino que había tomado un compañero adolescente: el de la inmigración.

Consiguió un documento de trabajo gracias a las empresas fantasmas que vendían el sueño del futuro en el extranjero, y escogió a Barcelona como el destino para forjarse una nueva vida. Su viejo amigo lo recibió en el aeropuerto del Prat, y lo ayudó a integrarse en el seno de latinoamericanos que vivían en el barrio del Rabal. Ante los demás inmigrantes, él contaba con un recurso anhelado: había pisado el suelo catalán con permiso de residencia, algo que los demás, sin papeles,

sudacas, errantes a merced de las circunstancias, no tenían.

A pesar de la ventaja, se acostumbró a vivir de trabajos esporádicos. Pensó que las farras y el jolgorio eran la mejor forma de curar esas heridas de raíz que tenía en el alma. La ironía era que se sentía más extranjero en Lima que en Barcelona, y no conocía otra forma de cicatrizar ese desaire que los excesos que cometía a sus 22 años.

—Mi hijo murió porque Dios lo quiso así. Los demonios lo perseguían. Él era un hombre de bien, pero fueron las juntas lo que lo llevaron por el mal camino. La última vez que viajó a Lima, salió de migraciones por la puerta falsa. Lo sembraron, le pusieron droga en las maletas. Cuando lo vimos en la comisaría, nos gritó a todo pulmón que era inocente —

Cada vez que hilvanaba una nueva frase, un río de penas comenzaban a caer por entre las imperfecciones de su rostro, que ahora latía al ritmo de los recuerdos. Él la miraba con detenimiento y un poco de temor, pensando que en cualquier minuto entraría en un ataque de histeria. Se desabrochó el cinturón de seguridad, empujó las piernas para adelante, apoyó las manos en el estómago y siguió escuchándola con detenimiento.

— En Barcelona conoció a un amigo brasileño que lo embarcó en todo ello, un hijo de puta que Dios nunca recibirá en su gloria. Lo engañó con artimañas para que llevara ese paquete de mierda. Mi hijo era muy inocente, y le prometieron que con ese único viaje conseguiría el dinero para llevarnos a todos. —

Antes de continuar, miró al vacío brevemente. El avión dio un pequeño salto y el capitán de vuelo dio la orden de volver a sus asientos y abrocharse los cinturones de seguridad.

— Se enamoró de una morena muy guapa. Estuvieron juntos casi tres meses. Cuando ella lo presentó a su familia, todo se fue al carajo: todos se dedicaban a unos trapicheos de mierda. Pero, ¡claro!, a él lo recibieron como a un hijo. Una de las últimas veces que hablamos, él me contó que por fin había encontrado la felicidad. La encontró en el lugar incorrecto. Su cuñado fue el pendejo. Él lo envolvió en toda esa porquería. Como una anaconda a su presa. Por la culpa de ese satanás, de ese lucifer en carne mi hijo está ahora muerto. —

La anciana comenzó a llorar nuevamente. Él se conmovió. Pensó en su propia madre y su mente se convirtió en una vorágine de nostalgias. Recordó los disgustos leves que le había ocasionado, y se comparó a sí mismo con la desdicha que le entraba por sus oídos. — Cada familia sufre a su manera — pensó, y se sintió contento de haber estudiado una carrera, de poder viajar a visitar a su familia, aunque por dentro le podía el desgarrar de la distancia. Su madre lo reclamaba siempre que hablaban por teléfono, porque no entendía que él necesitara de la lejanía al otro

lado para crecer personalmente, alejado de la toxicidad de su familia real. Sacó un pañuelo blanco que tenía en la solapa y se lo dio a ella, para que secara las lágrimas.

— Aquí tiene — le dijo —

— Son odios escondidos, que no se atreven a dejarme tranquila hasta que ese hijo de perra esté muerto. ¡Qué Dios me perdone! —

El monólogo continuó. Antes de viajar por última vez a Perú, su hijo la llamó para decirle que todo estaría bien, que la visitaría por una semana y que muy pronto podrían vivir juntos en Barcelona.

No sucedió. Apenas pisó el aeropuerto Jorge Chávez, lo detuvieron en extranjería. En realidad, había hecho de señuelo: llevaba tan solo un par de kilos de droga, porque el premio gordo lo llevaba un español que estaba, literalmente, vestido en cocaína. Su madre lo siguió con la mirada a través de la vidriera que separaba la sala de espera del vestíbulo de migraciones, y el vahído que le produjo el verlo enmarrocado fue tal que se dejó caer.

Después todo fue un devenir ya conocido en las cárceles del Perú. Lo mataron en medio de una trifulca. Su madre inició una cruzada para vengar su muerte, y la inocencia de su hijo se convirtió en una plegaria que paseaba por todos lados. Sin embargo, una mañana las noticias le amargaron la existencia con un duro golpe: en Cataluña, en medio de un operativo, habían capturado a todos los miembros del clan, que constituían uno de los mayores ramales de microcomercialización de droga en España. La situación desempolvó la muerte del hijo pródigo, quien se había convertido en la última 'mula' caída en Lima.

La azafata comenzó a repartir el desayuno antes de iniciar el aterrizaje. Él no se sirvió nada y ella solamente tomó un café, para levantar el ánimo después de haber dormido unas cuantas horas debido al cansancio de las lágrimas.

Cuando llegaron a el aeropuerto de El Prat, él la acompañó hasta la salida de inmigraciones, y vio como el taxi se alejaba de allí. Pensó en ella, y pensó en su madre, allá a doce horas de vuelo, en una ciudad gris que siempre lo había hecho de lado. Se tocó nuevamente el estómago y sintió dolor. — ¡Mierda! — dijo. Cinco minutos después, un coche rojo con dos sudamericanos lo recogieron y lo llevaron a una clínica clandestina en medio de El Rabal. Deberían abrirle el vientre en menos de una hora, porque las pequeñas bolsas dentro de su estómago ya habían comenzado a romperse.

Capítulo 10

Encierro

Miguel está en la puerta del baño, pensativo, con la mirada fija en el cepillo de dientes. Los pensamientos le recorren la cabeza como disparos a quemarropa. Camina lentamente, apoyando las manos en la pared. Intenta tomar el cepillo, pero sus dedos se lo impiden: están tiesos. «Ayer no estaban así —piensa—. Tenía más flexibilidad en las manos». Lanza un suspiro triste y murmura. «La enfermedad me consume más rápido».

El médico dio el diagnóstico hace un año. Miguel acudió a consulta pensando que una contractura había sido la causa de ese traspiés en la escalera. Se sometió a innumerables horas de fisioterapia y masajes, pero todo intento de cura fue en vano: el músculo mantenía su talante rígido. Al agotarse el tratamiento conservador, el especialista optó por exámenes más exhaustivos. La electromiografía dio fe de un daño motoro, un problema en la sinapsis del sistema periférico. El cableado del movimiento no funcionaba bien. Una resonancia magnética confirmó el mal agüero: la musculatura cicatrizaba a voluntad, encogiendo el cuerpo, sin importarle si existía o no un daño previo. Miguel se había comenzado a petrificar por dentro. Tenía Esclerosis Lateral Amiotrófica. ELA.

—¿Cuál es el tratamiento, doctor? —preguntó Miguel, con el semblante hecho una miseria y las lágrimas postergadas.

—Lo siento. No existe cura para esta enfermedad. Solamente podemos recurrir a fisioterapias paliativas. Para evitar el dolor.

—¿Me está diciendo que, al igual que mi tobillo, todo mi cuerpo va a comenzar a encogerse por dentro? ¿Y que lo único que puede hacer es evitarme el dolor?

—Tenemos un área especializada en casos como el suyo. Allí le podemos brindar tratamiento psiquiátrico y psicológico.

—¡Me voy a disecar en vida! ¿Y quiere mandarme a un psiquiatra? ¿Soy yo quien está loco, doctor?

Abandonó la consulta incrédulo. Se resistía a llorar. Era el primer día de su vía crucis personal y caminaba tembloroso, inventando ficciones alternas a esa realidad desoladora que había palpado hacía algunos momentos. Salía y entraba de su piso obnubilado, ido.

Pasaron los días. El ritmo circadiano se le alteró y el sueño se volvió reacio a la llegada de la noche. No lloraba. Las lágrimas postergadas le hinchaban los pómulos. «Debe de haber alguna solución, debe de haber

alguna solución...», repetía. Un millón de veces. Dos. Llegó un momento en el que no pudo más y se encerró en su cuarto, con la cabeza a punto de explotarle por la tensión. Escuchaba a lo lejos el eco de su corazón, que por latir tan fuerte salió arrancado de allí para correr y gritar como un poseso por la habitación, maldiciendo la enfermedad que a sus 46 años lo había condenado a ser enterrado vivo. En su propio cuerpo. Insomne desde que recibió la noticia, la presión y el cansancio lo dejaron inconsciente y quedó tirado en la alfombra. Habían pasado siete días desde que recibió la noticia.

«Otro intento», se dice a sí mismo. Hace un esfuerzo por coger el cepillo. Siente cómo esos músculos que curan por voluntad propia gritan de dolor y se tuercen para impedir el movimiento. Se rompen, o al menos él siente que se rompen. Solamente el pulgar y el índice logran vencer a la enfermedad. Levanta el cepillo con los dos dedos: es la primera victoria del día.

«Cuando llegue, por lo menos que me encuentre limpio», murmura. Él sabe que el final está cerca. Sentir que la muerte le respira a diario en la nuca no le molesta. Todo lo contrario, espera su llegada con ansia. En las noches conversa con ella a escondidas, después de que una larga lista de familiares y amigos hayan pasado a verlo, como deudos velando a un cadáver que está allí, muriendo. En silencio, cuando rompe la paz de la habitación, le dice que venga, que no se demore. Que ya está aburrido de vivir en esa cárcel de piel y huesos en la que se ha convertido su cuerpo. «Libérame de este martirio», le susurra. Y luego llora, porque la parca está ausente.

Coge el cepillo y lo acerca a la pasta de dientes. No tiene la tapa puesta: la enfermera lo deja así, sobre el lavamanos, a petición del enfermo. Cierra el puño con la mano izquierda y levanta el brazo hasta donde el dolor se lo permite. Y lo deja caer, con toda su fuerza, sobre el dentífrico. Un chisguete blanco azulado sale expulsado del envase, embarrando el cepillo y todo lo que encuentra a su paso. «Ayer tuve mejor puntería», dice, mientras sonrío. O cree sonreír. Lleva la boca hacia su brazo derecho y acerca la escobilla hasta su dentadura. Comienza a batirla de arriba abajo, y a mover la cabeza de arriba abajo. Diez segundos después, el cepillo está en el piso. Su boca y sus labios están blancos. Con los tres dedos tiesos de su mano derecha acaricia la llave del grifo, de atrás para adelante. Siente el agua. Intenta echarse un poco en la boca, usando la mano izquierda. Las gotas le salpican por todo el ataúd: ese en el que está encerrado desde hace un año. Se apoya sobre la pared nuevamente y camina hacia la luz.

El cepillo se queda ahí, tirado. Muriendo.

Capítulo 11

Mundo Paralelo

Era un vagabundo grande y grotesco, con los pensamientos calcinados por la dosis de droga diaria y la mirada en picada, como si sus ojos intentaran esconder el temor que le producía el estar allí, en medio de la vida real. Cuando su madre lo llamó, apareció frente a la puerta con iracundo y con los brazos saltando sin control, dejándose llevar por el movimiento brusco y alterado de su cuerpo. Jorge, el nuevo enfermero que había llegado para cuidarlo, se sorprendió por la fuerza de su presencia y la transparencia de su atuendo.

Estaba desnudo.

— ¡Carajo! ¡Marco! ¡Vístete! —

La insania se mostraba, en todo su esplendor, a través sus ojos. La piel morada alrededor de ellos eran muestras inequívocas de un insomnio crónico, de una actividad desquiciada. Bufaba como un toro de lidia en estado de furia, a punto de salir al ruedo.

Antes de terminar el cigarrillo que tenía entre los dedos, su madre se apresuró a encender otro. No podía disimular el pesar de sus nervios, y la tenue tranquilidad que reflejaba estaba a punto de quebrarse.

— Cuando está con el cambio de medicación se pone así. No te preocupes, se tranquiliza con unas cuantas palabras que ahora te voy a enseñar —

El semblante de la madre era un luto adelantado. Se acercó a él y, dándole un abrazo cálido, intentó calmar a la enfermedad para tener de vuelta a su hijo.

— Becho, apapacho —

La enfermedad lo dejó libre por un momento. Marco se sentó y pidió un cigarrillo.

— Primero anda a vestirse —

— Vete a la mierda —

— Becho, apapacho —

El vagabundo grotesco se puso de pie con calma y se dirigió a su cuarto, al fondo de un pasillo en un clásico piso de clase alta madrileño. Jorge,

que aparentaba estar de una pieza a pesar de la escena, sintió un mordisco importante en la sien izquierda. Los recuerdos habían comenzado a traicionarlo y un pequeño cortocircuito pasó por su mente: se veía nuevamente en Lima, en medio de ese desafío familiar que tanto le costaba dejar de lado y que, a pesar de los 10 mil kilómetros de distancia, aún le costaba olvidar.

— Me preocupa él, señora ¿Puede salir a la calle en ese estado? —

— Sí. Tiene que tomar la medicación en un momento. Con eso puede salir sin problemas —

En realidad, Jorge estaba preocupado por sí mismo. Su dilema estaba en su mente: aquella situación podría traer a flote sus propios delirios.

— ¿En qué momento se me ocurrió trabajar cuidando personas mayores o enfermos mentales? — pensó

— Es un buen muchacho: tiene dos carreras, ha estado trabajando pero siempre tiene estas recaídas. A veces no sé qué hacer con él —

— Sí, entiendo señora —

Jorge la miró mientras se seguía martirizando con la misma pregunta:

— ¿En qué momento? —

Se había negado desde un principio, pero el documento de estudiante lo atajó contra las cuerdas de la realidad: un inmigrante latinoamericano en España, sin un permiso de trabajo, era poco menos que un paria y, a pesar de los estudios, poco podía hacer para conseguir un sustento que no fuera por lo bajo, de forma ilegal. Sin embargo, un amigo suyo, que ya llevaba en el rubro un par de años, lo había convencido con el golpe seco de una sola frase:

— En España, la soledad es un buen negocio — le había dicho.

Recordó las palabras y allí lo tenía, al frente, al negocio que se traía entre manos: ya vestido, con la mirada perdida, en la esquina del pasillo y alzando la mano, pidiendo nuevamente un cigarrillo.

— Primero, toma la medicación. Después te doy uno. —

— No tomo ni mierda —

— Becho, apapacho —

Eran dos palabras mágicas que curaban momentáneamente la enfermedad. El gesto adusto del vagabundo se tornó noble. Agachó la cabeza sobre el hombro derecho de su madre, como un niño tierno que necesita una palmada de aliento.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? —

— Tomar la medicación —

Su madre sacó un pequeño pastillero de su bolsillo, cogió dos pastillas y se las echó en la boca. Le dio un vaso de agua que tenía en la repisa del recibidor y le hizo sacar la lengua.

— A ver ¿Te la has pasado? —

Marco asintió.

Jorge, a un costado, miraba la escena con extrañeza. Estaba acostumbrado a los delirios, pero, en su experiencia, el desenlace de estos brotes normalmente estaba rodeado de golpes, llantos y ánimos irascibles. Ver que un par de suspiros melódicos tenían la capacidad de romper la coraza de aquella persona iracunda y estremecedora, lo dejaba entumecido.

— ¿Y si esa hubiera sido la solución siempre? — Pensó

— Con esas palabras lo acurrucaba de niño. Lo tranquilizan. Es una persona fenomenal, pero en estos momentos está más allá de todo. No es él —

El vagabundo se había sentado en un sofá mirando al horizonte por la ventana, echando caladas lentas y lanzando un humo inexistente: no había encendido el cigarrillo. Su mirada tersa, desafiante, parecían esconder un dolor antiguo.

— Llévate esta medicación: si se pone intranquilo, repites lo que yo acabo de hacer: le dices las palabras mágicas y le das la pastilla. Eso sí, regresas rápido—

— Perfecto, señora ¿A qué hora quiere que lo traiga de vuelta? —

— Vamos a intentar media hora. Dependiendo como está me envías un mensaje. Si todo va bien, te completo la hora y regresan a las 7:30 —

— Sin problemas. Esté atenta al teléfono —

— Marco, ven aquí —

Marco se puso de pie lentamente, volteó la mirada y se dirigió hacia ellos. Con total sobriedad y preso de una coherencia espontánea, miró a Jorge y le dijo:

— ¿Nos vamos ? —

Al salir, un pequeño cosquilleo molestó a Jorge en la oreja derecha. Sintió que el mal agüero, ese ente tan inesperado, había salido a acompañarlos.

Salieron en dirección de Chueca, el icónico barrio gay de Madrid. Jorge llevaba al vagabundo del brazo, para evitar cualquier reacción inesperada, y este se dejaba llevar, alzando la vista para contemplar la vida y el regocijo allí, fuera. Jorge apretaba fuerte el brazo y caminaba con desconfianza: temía que, si Marco se le iba de las manos, no sólo podría poner su vida en trance, sino la de los demás, y perdería ese ingreso semanal de veinte euros que tanta tirria le había costado. De pronto, el vagabundo levantó el brazo del cual lo estaban sujetando.

— ¡Carajo! ¡Se armó la gorda! — Pensó Jorge.

Marco depositó suavemente el brazo sobre el hombro derecho de Jorge. Y lo abrazó.

— ¿Cómodo? — Le preguntó, mirando hacia al frente.

— Sí, supongo que sí. — Mintió Jorge, mientras pensaba —

— Abrazame por la cintura — Soltó el vagabundo, mirando al vacío.

Al escuchar esa voz carrasposa, que venía más allá del límite de la coherencia, Jorge recordó a su hermano: una pena similar que estaba a más de diez mil kilómetros de casa. Sonrió tristemente para sí mismo, sin hacerle caso al pedido, y siguió caminando. Marco soltó una nueva frase:

— Antes era normal —

Jorge lo miró al rostro por primera vez. Aquellas palabras le parecieron un reclamo a su actitud lejana.

— A veces no sé qué me pasa. Yo soy normal. De eso estoy seguro —

La voz parecía pertenecer a otro cuerpo. Por fuera, un vagabundo grotesco, con los bordes de los ojos morados, la respiración fuerte, el gesto tieso y las formas restringidas. Pero desde su interior, esas palabras salían con una melodía serena, aunque algo triste. Como el eco de una

resignación ante las circunstancias que le había tocado vivir.

Jorge se sintió conmovido por la comparación inevitable que hacía en su mente. Desde los catorce años no había vuelto a hablar con su hermano. Ambos se habían refugiado bajo la desidia del aislamiento, y las pocas veces que habían salido de aquel escondite, lo habían hecho para discutir. Jorge quiso contestarle, pero un recuerdo entrometido le puso la mente densa.

— Es un drogadicto —

Llegaron a la Gran Vía y voltearon hacia la plaza de Correos, con dirección al Parque del Retiro. Marco había vuelto a desaparecer y el vagabundo caminaba excitado, a su antojo, disfrutando de los paisajes de otoño. Jorge estaba en silencio, con una conversación pendiente sobre las espaldas que no sabía como iniciar.

— Después de todo, el dio el primer paso — pensó. — Pero, ¿Y si se altera por hacerle preguntas? —

Caminaron por el interior del Parque y después de quince minutos, el vagabundo bufó levemente y lanzó una nueva frase:

— Estoy cansado. ¿Nos sentamos? —

— A veces siento que esa voz es una ironía — pensó Jorge — ¿Cómo puede una voz tan cuerda escapar de una persona así? —

Caminaron hasta el borde de la laguna, se sentaron en una antigua banca y permanecieron en silencio. Jorge sentía el ánimo atragantado: estaba un poco ansioso, con los pensamientos a mil e intentando pronunciar una pregunta que le carcomía el ánimo. La lanzó sin anestesia.

— ¿Eras normal? —

El vagabundo no se inquietó. Marco contestó con una voz algo afligida.

— Sí. Es decir, iba al cine con mi pareja, tenía un trabajo, salía los fines de semana con los amigos. Viajaba en metro, o en coche si me iba fuera de Madrid. Me estresaba, reía, lloraba. Vivía. Digamos que era una vida normal —

— ¿Desde cuándo estás así, entonces? —

— No lo sé. Desde que él se fue —

Una lágrima corrió por entre sus comisuras. Jorge se puso a la defensiva, pensando que el recuerdo podría ocasionar un brote. Pero Marco sacó un

pañuelo gris, se secó las lágrimas, y continuó su historia.

— Sólo sé que se fue. Me dejó. Por eso estoy así. —

— ¿Quién se fue? ¿Por qué una mujer te abandonó estás así?

— No fue una mujer. No logro recordar quien. Lo único que sé es que se fue. —

Jorge no quiso preguntar más. Se sintió conmovido y culpable. ¿Acaso él había abandonado a su hermano? Cuando se disponía a ponerse de pie, Marco comenzó a hablar nuevamente.

— El recuerdo es sombrío. Me veo a mí mismo, de niño, escuchando sonidos. No sé lo que significan. Sólo sé que reflejan tristeza. Parecen palabras, pero no las reconozco. Es una realidad que va más allá de mi entendimiento. Pero la siento. Y siento que es algo doloroso —

— Ese no eres tú — Le replicó Jorge — son solo ideas, pensamientos, cosas tuyas.

— Pero esos pensamientos vienen de mí. En algún momento tuvieron que entrar en mí. No son más que el reflejo de un dolor pasado —

Jorge se quedó en silencio. Comenzó a sentir una leve ansiedad. Pensamientos a quemarropa. Una lluvia de recuerdos lo tenían allí, levemente maniatado. Se quedó mirando hacia el lago.

— ¿Estás bien? — Le preguntó Marco.

Jorge volvió al momento y contestó afirmativamente. Marco continuó con su discurso.

— Es eso entonces. No sé que me ha pasado. Solo tengo esos recuerdos navegando en mi mente. Sin control. —

— Pero hablas de una pérdida. De algo que te falta. —

— Cuando siento esa ausencia, aparece ese dolor. —

De pronto, su rostro cambió. La tez afligida se puso dura, tersa, y la boca dibujó el gesto de un matón maduro, curtido. Jorge guardó la calma e intentó abrazarlo como una forma de controlar cualquier abrupto. El vagabundo lo abrazó primero.

— ¿Te pasa algo, sudaca? —

Miró a Jorge fijamente, con unos ojos azules tenues, mientras levantaba el brazo que tenía apoyado en él.

— No me voy a ir. Pfff. Así que tranquilo —

Jorge se puso nervioso, pero pensó que no era la primera vez que había pasado por una situación así. Ya había tenido que lidiar a con demonios y delirios ajenos, y esta vez no se había tenido que ir a los golpes. Respiró con fuerza e intentó seguir la conversación.

— Me estabas contando —

— ¿Qué cosa? —

— Me decías que no eras una persona normal y que sentías una gran ausencia —

— Es cierto. No soy una persona normal. Soy mejor. —

Jorge levantó las cejas. El vagabundo contestó con una filosofía impensable.

— Antes tenía un trabajo, una pareja. Iba al cine, salía los fines de semana con los amigos. Eso es para ti una vida normal. —

— ¿Y para ti? —

— Todo eso era algo muy convencional —

— ¿Y por qué te consideras mejor que los demás? —

— Porque no vivo en bases a cánones de conducta. Porque no me privó de ser yo mismo por los convencionalismos, ni por los contratos sociales —

— ¿A qué te refieres? —

— Para mí, lo normal es no preocuparme por cómo vas a reaccionar por mi manera de actuar. No me restrinjo por quedar bien. No me preocupa si una camisa celeste combina con un vaquero marrón, o incluso si mi desnudez no combina con el paisaje cotidiano. No tengo esas restricciones. ¡Soy libre! —

Jorge se sintió cohibido. El vagabundo hablaba con convicción, a pesar de la voz gutural y la lluvia salivar que lanzaba con cada palabra. Los ojos estaban nuevamente ausentes, espléndidos: un gesto contumaz que desafiaba la realidad.

Sintió miedo. No por él, sino porque la sien ya le estaba palpitando. Se puso de pie violentamente y quiso imponerse ante el vagabundo.

— Nos vamos —

— ¿De qué tienes miedo? —

— Se hace tarde. Y a mí me pagan por hora. —

— Yo no voy a hacerle daño a nadie. Le tienes miedo a algo. Y no es a mí.
—

Jorge intentó disimular su temor con una mueca ruda. Sentía que su hermano estaba allí presente, pero no le tenía miedo a esa imagen, sino a su propia reacción: toda la adolescencia y juventud la había pasado al límite, temía volver a casa porque aquello significaba una lucha diaria contra el delirio. Esos momentos se habían convertido en fantasmas engreídos, que salían a flote ante el mínimo estímulo de la vida real.

— Bueno. Si quieres irte, nos vamos. —

Marco se levantó y le preguntó nuevamente qué le pasaba.

— Algunos recuerdos de Lima me molestan. Es solo eso. —

— Deben ser muy incómodos. Te has querido ir. —

— Tengo un hermano que tuvo un problema parecido al tuyo. —

— Entiendo. Debe ser difícil. —

— Más difícil debe serlo para ti.—

— No estoy tan seguro. Nunca recuerdo lo que ha pasado. —

Jorge sentía que ese intercambio de palabras en realidad eran con su hermano, pero los recuerdos lo regresaban al momento: el diálogo en Lima nunca había existido y por el contrario, lo único que habían tenido juntos era un fuego cruzado constante de golpes y frases hirientes.

— Mi hermano está enfermo. Se ponía violento, no tenía ningún respeto por nosotros.

— No es enfermedad. De repente se siente superior. Como yo. - dijo el vagabundo. —

Aquella frase prendió las alarmas. - 'Soy superior' - esas dos palabras calaron en el inconsciente de Jorge de forma letal. Quince años antes, su

hermano pronunció esa frase la primera vez que lo internaron. '¡Soy superior! ¡Por eso me internan! ¡Desgraciados!' le había gritado a él y a su padre mientras los enfermeros se lo llevaban maniatado.

Empezó a respirar de forma rápida. - "¡Soy superior!"- , la frase había entrado en bucle en su cabeza, había tomado su voz interna y no se quería ir. Comenzó a sentir el palpito en sus manos. El vagabundo lo miró y comenzó a sonreír.

— ¿Por qué te pones nervioso, sudaca? —

— ¡Cállate, carajo! ¡Ya vámonos! —

Al salir del Parque del Retiro, se detuvieron unos minutos frente a la Puerta de Alcalá. El vagabundo estaba ido, pero sereno, mirando a todos desde el pedestal de su metro y ochenta y ocho de altura. Jorge lo cogía fuertemente del brazo, no sabía si para evitar que cometiera algún exabrupto, o por el temor que le habían provocado los sustos en su cabeza. Estaba restringido, caminando encorvado, con la mirada alerta y el gesto tenso, como presa de un ictus repentino. Su mente comenzó a revivir la vida en Lima: sentía que estaba caminando por el centro de la ciudad, en esos paseos terapéuticos que daba casi a diario al salir del trabajo, tratando de calmar sus propios delirios y pensando en cómo escapar de esa situación familiar.

— ¿Lo ves? Te estás volviendo un guiñapo. Y después dicen que soy yo quien está mal de la cabeza —

— ¡Cállate, carajo ! —

Caminaron hasta la gran Vía, y luego doblaron a la derecha en dirección del barrio de Chueca. Jorge quería controlar ese desorden en su interior, pero los temblores inconscientes le removían los cimientos. Cogía fuertemente al vagabundo, que estaba inmutable, seguro, con un porte macizo. Le tenía envidia. Le corroía el sentimiento ver que aquél hombre, así como su hermano, estuviera tan tranquilo a pesar de los devaneos que gobernaban su interior. Y él, desesperado, preocupado por controlarse a sí mismo, a su familia y a todo lo que estaba fuera de sus manos. Pero al ver la ironía en todo aquello, sintió que la realidad comenzaba a escapársele de las manos.

— Te lo he dicho: soy superior. —

Allí estaba su hermano: diciéndole toda esa cruda verdad, espetándole en la cara que él se había apoderado de toda su familia y los había guiado, de la mano de la manipulación y el engaño provocado por la enfermedad, al

delirio colectivo, al sufrimiento como estilo de vida.

Empezó a sentir un calor intenso en el estómago. Sus vísceras estaban humeantes, adoloridas, se retorcían dentro suyo buscando una forma de salir de ese encadenamiento. Jorge se sintió extraño, la ebullición de sus sentimientos comenzó a subirle por el pecho, hasta llegar a sus ojos, que ahora, inyectados, lanzaba miradas péfidas para todos lados. Soltó bruscamente al vagabundo y lo puso contra la pared.

— ¿Cómo me has dicho conchetumadre? ¿Superior? Eres una mierda. Una porquería que destila basura por donde pasa. Un manipulador de mierda, un cojudo que no se contenta con hacer de su vida un 'guiñapo', sino que busca hacer lo mismo con la vida de los demás. Por tu culpa, nuestra familia sufre, yo sufro. Y lo peor: eres un cobarde, porque prefieres fumar tu mierda, consumir tus porquerías, en vez de afrontar esa realidad que te es tan adversa. Porque no eres nadie ni superior ni que ocho cuartos ¡Te refugias bajo esa palabra porque en la vida real no eres nadie! —

— ¿Y tú crees que yo no sufro? —

El poder de esa frase le apagó la ira. Jorge miró a su alrededor y vio que un grupo de personas los habían rodeado, asustados por las frases encendidas en pleno centro de Madrid. Alzó la mirada nuevamente y vio a Marco asustado, conmovido por la escena. Dejó de acorralarlo contra la pared, se sentó en la berma y comenzó a llorar. Una señora de mediana edad se acercó a Marco y le preguntó.

— ¿Está bien? —

Marco no supo qué contestar. Jorge estaba desenchajado. Le temía a toda esa gente a su alrededor. Un impulso lo hizo ponerse de pie, cogió a Marco del brazo y comenzaron a andar rápidamente hacia su casa.

Estaba intranquilo, a pesar del desfogue, todavía tenía muchos pensamientos que lo fusilaban. Lo único que quería era irse de allí.

— ¡Soy yo el que se fue, carajo! ¡Soy yo el que huyó de Lima, el que lo dejó! —

Llegaron al lugar. No parecía ser el mismo portón del que habían salido, pero a ninguno de los dos le importaba. Al abrir la puerta, una luz cegadora los envolvió. La madre salió a recibirlos. Jorge se sentó en una silla al costado de la entrada, y allí se dispuso a esperar.

— ¿Qué tal estuvo todo? — Preguntó la madre. Marco contestó con un

gesto adusto y un poco desanimado.

— No muy bien. Todavía cree que está en Madrid, en España. Confundi6 la avenida Tacna con una llamada, no s6, Gran Vía. Tendrá que quedarse internado nuevamente. —

La madre hizo un gesto de resignaci6n, pero no le invadi6 el desánimo.

— Va a reaccionar. Con fe. —